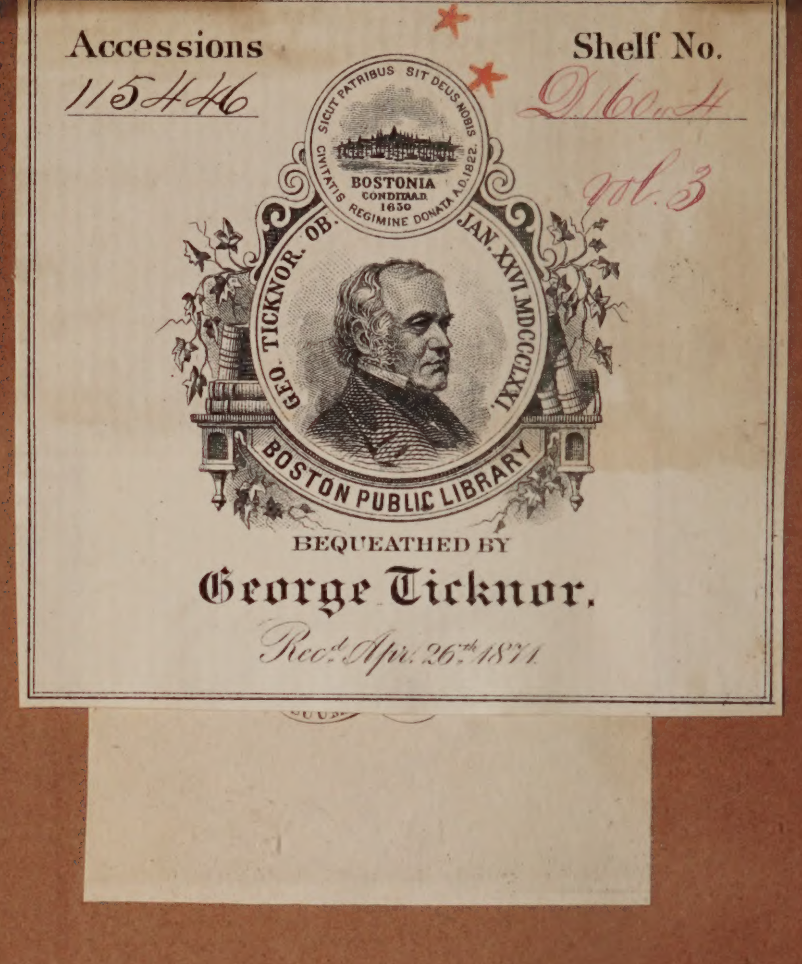




La Catedral
DE SEVILLA.

LA CATEDRAL
DE SEVILLA,

NOVELA TOMADA DE LA QUE ESCRIBIÓ EL CÉLEBRE *VICTOR HUGO* EN FRANCÉS CON EL TÍTULO DE

NOTRE DAME DE PARIS

POR

DON GREGORIO PEREZ MIRANDA.

TOMO TERCERO.

MADRID.

Imprenta de Repullés.

Año de 1834.

LA CATEDRAL

DE

SEVILLA.

CAPITULO PRIMERO.

Ha de saber nuestro lector que doña Menda de Alquiroz, aquella veneranda dueña que rápidamente compareció al principio de esta historia, llevando de la mano á su hija Flor de Lis cuando el contrahecho Cuasimodo gemía en la puerta de la santa iglesia en los primeros dias de su existencia, vivia frente por frente del gigantesco edificio. Cierta tarde del mes de marzo, y muchas semanas despues de pasados los acontecimientos que quedaron suspensos en el anterior capítulo, solazábanse tres lindas damiselas en

el balcon de piedra sustentado por las columnas que decoraban la entrada de la casa. La seda de sus vestidos y la blancura de sus manos daban indicio de gente noble y acomodada, mientras que la bulliciosa alegría de su conversacion manifestaba claramente la dulce edad del amor y la ausencia de los cuidados. Eran estas doncellas Flor de Lis y sus amables primas doña Juana de Avendaño y doña Jimena de Frontin, que abandonando por la ausencia del sol la delicada labor de un tapiz que estaban bordando saliéronse al balcon á hallar en las diversas caricaturas que iban cruzando la plaza la maligna distraccion que provocaba su algazara. No menos entretenido, al parecer, asomaba de cuando en cuando por detras de las damas su erguida cabeza nuestro caballero del Febo, que no cesaba de aplaudir las satíricas ocurrencias de aquellas bocas de miel. La buena de doña Menda se gozaba tambien en sus adentros contemplando la franca libertad de tan risueño coloquio, y hacia los mas sabrosos

castillos en el aire acerca de la union contratada de su hija Flor de Lis y su bizarro primo el capitan; mas si no la cegara el cariño materno hasta el estremo de suponer á su hija la mas linda doncella de la ciudad, bien hubiera podido conocer por las continuas distracciones del caballero que su ardoroso pensamiento no estaba enteramente concentrado en el objeto presente, y que llamaba su interés otra cosa acaso muy distante del balcon. Flor de Lis, que en este punto podia juzgar mejor que su bendita madre, solía suspender las risotadas y dirigir por lo bajo á su galan ciertas frases de cariño para escitar nuevas declaraciones y protestas; pero el caballero, que no entraba en aquella union sino por condescendencia y acaso por interés, mal podia fingir amor á su prima cuando su versátil imaginacion se hallaba en aquel punto entretenida en otro objeto.

La sonora pandereta de la Esmeralda puso término á las risas de las doncellas. Apareció la gitanilla con su gracio-

sa cabra, la de los cuernos dorados, y en el mismo instante se formó en torno de ellas un círculo de curiosos mirones, para entretenerse con las lindezas de la cabrita y con las acompasadas cabriolas de su dueño.

—¿No es esta la gitana de quien tanto hablan? preguntó Jimena á Flor de Lis señalando el punto de la plaza donde lucía la Esmeralda sus habilidades.

—Eso te lo dirá mi primo, respondió Flor de Lis, que está muy enterado de estas cosas.

—Yo... sí por cierto... dijo el caballero con bastante frialdad, y sin quitar ojo á la Esmeralda.

—Dile tambien que te cuente el lance de aquella noche, cuando libró á otra juglaresa de las manos de ciertos malandrines, añadió Flor de Lis con estudiado acento.

—¿Si será la que está bailando? repuso Juanita.

—Juraría que sí, contestó con mucha sorna el capitan.

—¿Pues en qué la conoceis?

—En la cabra que siempre la acompaña.

—¡Madrina! esclamó Jimena volviéndose á doña Menda, y señalando la torre de la catedral, ¿y quién es aquel hombre negro?

Todas las muchachas levantaron los ojos, y vieron en efecto un hombre vestido de negro, que con los codos apoyados en una balaustrada y los carrillos en los puños contemplaba inmóvil el suelo de la plaza como el milano que acaba de descubrir un nido de gorriones.

—Es don Claudio, respondió la de Alquiroz.

—¡Cómo mira á la danzarina! repuso Jimena.

—¡Triste de ella! acudió Flor de Lis, pues tiene odio declarado á las de su ralea.

—Primo, dijo de repente Jimena al estático caballero, ya que la conoceis, decidla que suba á entretenernos un rato.

—Sí, sí, gritaron las primas palmoteando.

— ¡Qué locura! respondió el capitan. Tal vez no se acuerda ya de mí, y yo ni siquiera sé su nombre. Con todo, por complaceros, voy á llamarla: ¡muchacha!

Volvióse la gitana hácia el punto de donde salia la voz, fijó en el caballero sus rasgados ojos, y dejando repentinamente á sus inmediatos espectadores, puso la pandereta bajo el brazo y se dirigió hácia donde la llamaban con la turbia mirada del pajarillo que cede á la fascinacion de una serpiente. Poco despues apareció en la puerta de la sala y quedóse inmóvil, aguardando sin duda que la mandasen entrar. El caprichoso trage que vestia no era á la verdad el mas á propósito para recomendar la belleza de su figura, y sin embargo las tres nobles doncellas permanecieron un momento suspensas y como admiradas de que hubiese una gitana mucho mas hermosa que ellas: desquitáronse á su manera de esta ventaja, despreciando con bullicioso sarcasmo los arlequínicos atavíos de la danzarina, mientras que Esmeralda, mas encendida

que el carmin, parecia una fulgente antorcha que acababa de introducir clara luz entre nocturnas tinieblas.

— ¡Acércate! gritóle doña Menda.

— No sé, lindísima niña, díjole con énfasis el capitan, si tengo la dicha de que me reconozcas...

— ¡Ah! sí, respondió la gitana, clavando en él unos ojos de infinita ternura.

— ¡Con qué ligereza te escapaste la otra noche! ¿Acaso te inspiré miedo?

— ¡Ah! no, dijo la Esmeralda con voz angelical.

— ¿Y qué te queria aquel maldito jorobado de las campanas?

— No lo sé.

— ¡Habrá insolente igual! ¡robar de noche á una muchacha como unas perlas! Bien caro pagó su atrevimiento.

— ¡Pobre hombre! esclamó la gitana, recordando la escena del vapuleo.

— Vaya, vaya, dijo Flor de Lis, parece que los flecheros se cautivan fácilmente en las redes de unos ojos gitanescos.

-- ¿Y por qué no? acudió frescamente el capitan.

La matrona doña Menda, que escuchaba atentamente este coloquio, se sentia ofendida, y no conocia en qué.

-- ¡Vírgen santa! gritó de repente: ¿qué bicho es este que anda restregándose en mis faldas?

Era la cabra, que acababa de llegar en busca de su ama, y que al precipitarse hácia ella habia enredado los cuernos en las holgadas vestiduras de doña Menda. La gitana apartó al animalito sin chistar, púsose en cuclillas y comenzó á acariciar á su queridita compañera de habilidades.

-- Vaya, gritó Jimena, que nos divierta la cabra, que haga alguna hechicería, alguna magia.

-- No sé lo que quereis decir, respondió la gitana.

-- Una brujería de esas que dicen por ahí que le ha enseñado el diablo.

— No lo entiendo. Y púsose de nuevo á hacer fiestas al animalito, repitiendo cariñosamente ¡Jaliz! ¡Jaliz!

Entonces echó de ver Flór de Lis un saquillo de cuero bordado que la cabra traía colgado del cuello. — ¿Y qué significa esto? preguntó á la gitana. Levantó Esmeralda sus lindos ojos hácia ella, y respondió con gravedad: — Ese es mi secreto.

— Ojalá pudiese yo penetrarlo, pensó Flor de Lis.

— Ya que ni una ni otra nos divierten, saltó doña Menda, váyanse nora en tal.

Esmeralda sin proferir una palabra se dirigió á la puerta lentamente, y como contenida por la atraccion de un iman irresistible, clavó en el caballero sus ojos llenos de lágrimas y se detuvo.

— ¡Voto al rey, esclamó el capitan, que no has de irte de ese modo! Vuelve y baila, pésia á mi abuelo. Dime, ¿cómo te llamas?

— La Esmeralda.

En tanto la bulliciosa Jimena se habia apoderado de la cabrita, que atraida por un pedazo de mazapan se dejó llevar

á un rincon de la sala. Entretúvose alli en abrir el saquillo que pendia del cuello del animal y en vaciar en el suelo lo que contenia, y era una porcion de maderitas, cada una de las cuales llevaba grabada una letra del alfabeto. Apenas las vió la cabra diseminadas en la alfombra cogió una y luego otra hasta componer una palabra entera. Asombróse Jimena y gritó juntando las manos con admiracion:

— ¡ Madrina ! Flor de Lis, mirad, mirad lo que ha hecho esta maldita.

Acercóse y se estremeció, pues las letras reunidas en el suelo por el animalito formaban esta palabra: *Febo.*

— ¿ Y fue la cabra quien esto escribió? dijo con alterada voz la zelosa doncella.

— Sí por cierto, madrina. Y era imposible dudarlo, pues Jimena no sabia, escribir.

— Hé aqui el secreto, pensó Flor de Lis.

A la esclamacion de la niña habian acudido todos, la madre, las primas, la

gitana y el oficial. Vió Esmeralda la simpleza que acababa de cometer Jaliz; púsose colorada y empezó á temblar como una criminal ante el gallardo capitan, que la miraba en tanto con sonrisa de satisfaccion y asombro.

—¡Febo! esclamaban las doncellas cuchicheando entre sí: ¡este es el nombre de nuestro oficial!

—¡Vete, vete, criatura abominable! gritó la madre fuera de sí. ¡Vete, gitana de los infiernos!

La gitana recogió en un punto las malaventuradas letras, llamó á Jaliz y salió rápidamente por la puerta de la escalera, mientras que las damas se dirigian por otra á una habitacion interior, dejando solo en el aposento al caballero del Febo, que titubeó un instante entre ambas puertas, decidiéndose despues por la que habia tomado la gitana.

El hombre negro que nuestras bulliciosas jóvenes vieron en lo alto de la torre tan atento á la danza de la Esmeralda era efectivamente don Claudio de Mo-

lendino, el cual subia todas las tardes una hora antes de anochecer á la misteriosa celdilla de la propia torre que habia consagrado á sus estudios y cabalísticas meditaciones. En ella llegó á sus oidos un rumor de pandereta y tamboril, y sin poder resistir al mágico prestigio de tan agradable son habia abandonado sus libros y puéstose á contemplar á la gitana con aquella inmovilidad que llamara la atencion de las primas del capitan. Difícil sería descubrir la naturaleza de su mirada, árida y llena de turbacion y tumulto, y de dónde nacia el involuntario estremecimiento que de cuando en cuando agitaba levemente el holgado ropage que lo envolvia. Bailaba la gitana, hacia voltear su pandereta en la punta del dedo, y la despedia á lo alto volviendo á cogerla en equilibrio con graciosa agilidad, sin sentir el peso de la tremenda mirada que se desplomaba sobre ella.

Aumentábase la turba de mirones, y un hombre estrañamente vestido de rojo y amarillo se ocupaba en tener á raya á

los imprudentes, y volvia á sentarse en una silla no lejos de la juglaresa, de modo que parecia compañero de su habilidad y fortuna. Don Claudio, que desde el elevado punto en que se hallaba no podia distinguir las facciones de aquel ente singular, tembló de pies á cabeza y esclamó entre dientes:

—¿Qué significa ese acompañante? ¿no iba siempre sola? Dicho esto empezó á bajar la escalera de caracol, y al cruzar por delante de la puerta que dirigia al sitio donde se hallaban las campanas vió á Cuasimodo, que tan inmóvil como él estuviera poco antes, contemplaba desde una ventanilla rasgada acaso la misma escena de la plazuela.

—¡Hé ahí una cosa rara! murmuró don Claudio: ¿si mirará tambien á la gitana?

—¿Qué es de la juglaresa? preguntó al llegar á la plaza viendo que la Esmeralda habia desaparecido.

—No sabemos, contestaron friamente algunos circunstantes que habian oido la pregunta.

En lugar de la danzarina, y en la misma alfombra cuyos arabescos borraba un momento antes el caprichoso dibujo de su baile, habia quedado solo el hombre rojo y amarillo que, para ganar tambien algunas monedas, andávase paseando al rededor del espacio vacío entre los espectadores con una silla en los dientes, tendido el cuello y sudando la gota gorda.

--¿Qué diablos hace ahí Pedro Nebrija? esclamó don Claudio cuando el poeta acertó á pasar por delante de él, luciendo su habilidad.

La severa voz de Leviatan hirió de tal modo el tímpano del malaventurado Nebrija, que sin poderlo evitar perdió el equilibrio y dió en el suelo con la silla en medio de los insufribles silbidos de la concurrencia, que tal vez hubieran pasado á mas sérias demostraciones de desagrado si, aprovechándose Nebrija del propio tumulto que escitara su inesperiencia, no se hubiese refugiado de un brinco en la catedral, cuyas magestuosas

bóvedas habia oscurecido ya la ausencia del astro bienhechor. Siguióle don Claudio hasta que le alcanzó al pie de una columna, donde le detuvo y comenzó á mirarle fijamente, no con aquella espresion irónica y maligna que campeaba casi siempre en su fisonomía, sino con rostro tranquilo y ojos penetrantes.

-- Venid acá, Maese Pedro, le dijo, y esplicadme cómo os hallo en semejante trage despues de tanto tiempo pasado sin veros.

-- La culpa no es mia, respondió el vate, sino de la ingrata ropilla, que me abandonó cobardemente en medio del invierno bajo el especioso pretesto de que se iba cayendo á giras, y que la era preciso ir á descansar en la espuerta de un trapero.

—¡Lindo oficio habeis tomado!

—¿Qué quereis? el precepto de comer nos obliga todos los dias, y no hay verso, por bueno que sea, que dé una gota de jugo en el puchero: yo compuse la magnífica farsa que anduvo en lenguas

de todo el mundo; pero el alcalde de la villa no ha querido pagármela porque no era escelente, como si por un alfonsi pudiera hacerse una tragedia de Sofocles. Moríame, pues, de hambre. *Ale te ipsam*, dije yo á mi mandíbula viendo que queria ocupacion y carecia de materiales; haz equilibrios y trabaja para tí. Los hampones, gente buena y de recursos, me han enseñado varias suertes hercúleas y vistosas que proporcionan á mis dientes el pan cotidiano.

—Enhorabuena, repuso don Claudio dando á sus ojos tal espresion sagaz y penetrante que llegó á escudriñar los recónditos pliegues del corazon de Nebrija. ¿Y cómo os hallais ahora en compañía de esa danzarina de Egipto?

—¡Toma, toma! porque es mi muger y yo su marido.

—¿Cómo pudiste atreverte?... gritó don Claudio asiendo el brazo del poeta, mientras inflamaba el furor sus ojos tenebrosos.

—¿Pero qué tiene eso de particular?

Y si os da pesadumbre este consorcio, sabed que solo tiene de tal lo que vale una tinaja rota.

--¿Pues qué hablas de marido y muger?

Contóle Nebrija lo mas sucintamente que pudo cuanto sabe ya el lector, añadiendo que la gitana era hija de padres desconocidos, que en virtud de un talisman que llevaba colgado del cuello creía encontrar algun dia á los autores de su vida, y que este talisman perdería tan prodigiosa virtud en el punto que perdiese ella la suya; mas que para guardarla, como se habia propuesto, llevaba siempre un puñal agudísimo escondido bajo su vestidura. Dijo tambien que á él le habia parecido una criatura inocente, apasionada, ignorante y entusiasta; que todo el mundo la queria, esceptuando dos personas, que eran la penitente de San Onofre y un hombre vestido de negro que jamas la encontraba sin dirigirle palabras y miradas que la llenaban de miedo. Refirió las habilidades de la ca-

brita, sin olvidar la de escribir con letras móviles la palabra *Febo*, gracia que su ama la habia enseñado en menos de dos meses.

-- ¡*Febo!* dijo don Claudio: ¿y por qué *Febo?*

-- ¿Qué sé yo? acaso creerá la simplecilla que es palabra de mucha virtud.

-- ¿Y si fuese nombre de alguno? acudió don Claudio lanzando al poeta su mirada penetrante.

-- ¿De quién? No lo creais: los gitanos son algo idólatras y adoran al sol: de ahí Febo.

-- No me parece tan claro como á vos, amigo Nebrija.

-- ¿Y qué me importa? lo cierto es que Jaliz me quiere tanto como á ella.

-- ¿Quién es Jaliz?

-- La cabra.

-- Y me juras que no osaste...

-- Os lo juro.

--Pues óyeme: ¡desdichado de tí si te atreves!...

Y deapareció dejando á nuestro vate hecho una estátua, sin poder adivinar de dónde nacia el interés que inspiraban á don Claudio las noticias concernientes á la gitanilla.



:

CAPITULO II.

Levantóse una mañana del mismo mes de marzo nuestro amigo el estudiante Lucas de Molendino, y al ponerse los gregüescos observó que no producian ningun sonido metálico: vistióse tristemente y empezó á discurrir de dónde sacaría lo que en aquel momento necesitaba para sus escursiones tabernarias. Acordóse de su hermano, y pudiendo mas en él la esperanza de sacarle algunos alfonsis que el temor de recibir el largo sermon fraternal con que acompañaba siempre sus dádivas el severo don Claudio, púsose en la calle y dirigióse flechado á la catedral. Entró en ella, recorrió todos los ámbitos del templo, las galerías, el jardin de naranjos, y todo en valde; pero recordando que su amonestador pasaba largas horas en la celdilla de la torre, resolvió, á

pesar de las prohibiciones y anatemas que le cerraban la entrada de la misteriosa estancia, penetrar en ella si posible fuese, mas que se doblase la dosis de sermon y se redujese á su mitad la de los alfonsis que tantas cosquillas le hacian. Empezó, pues, á subir la interminable escalerilla de la torre, saludando cada tramo con no sé cuántas carretadas de legiones de demonios: por último, llegó á topar con la puerta que buscaba y hallóla entornada, circunstancia que le llenó de asombro, pues acaso era la vez primera que su hermano caía en semejante descuido. Despues de muchos combates interiores entre la necesidad y el temor, venció la primera y le indujo á empujar con mucho tiento la vedada puerta, que cedió suavemente al impulso, sin descubrir con el mas mínimo rechinamiento la inaudita osadía del estudiante. Asomó éste la cabeza por el hueco, y presentóse á su vista un aposentillo sombrío lleno de compases, esqueletos de animales colgados de las paredes, alambiques, esferas,

cráneos, pergaminos llenos de figuras y letras, y en fin, todas las necedades de que se vale la alquimia para sus complicadas operaciones. En medio campeaba una gran mesa cargada de libros y un sillon junto á ella, y de espaldas á la puerta de entrada, en el cual estaba sentado don Claudio de modo que no pudo ver á su hermano, mientras éste registraba con ojos espantados los inconexos muebles de aquel laboratorio. A la izquierda del sillon se veía un horno bastante capaz, que al parecer no se habia encendido hacia mucho tiempo, una carátula de vidrio cubierta de polvo, y un fuelle en cuya hoja superior se leían en letras de cobre estas dos palabras: *spira spera*. Las paredes estaban sembradas de leyendas góticas, hebráicas, griegas y romanas, borradas unas por otras, y entre las cuales descollaban algunas como un estandarte entre mil lanzas. Un escaso rayo de luz que se introducia por la ventana atravesaba lúgubremente la delicada tela de una enorme araña, que inmóvil

en el centro parecia el boton de aquella rueda de encaje. El conjunto del aposentillo presentaba general aspecto de abandono y destartalamiento, como si el dueño hubiese despreciado su ocupacion favorita distraido por nuevas ideas ó fantásticas preocupaciones.

Veíasele sin embargo encorvado sobre un manuscrito lleno de figuras simbólicas, y víctima al parecer de un pensamiento indestructible que presidía á todas sus meditaciones.

— ¡ Sí, esclamaba, Mamí lo dice y Zoroastres lo enseñaba ! El sol nace del fuego, la luna del sol: el fuego es el alma del gran todo, sus átomos elementales se dilatan y fluyen incesantemente sobre el mundo en infinitos raudales. De su interseccion en la tierra nace el oro: esto no es sueño, es la ley general de la naturaleza. El diamante está en el carbon; el oro en el fuego; pero ¿ cómo sacarlo ? Magistri afirma que hay nombres mugeriles de tan dulce encanto que basta pronunciarlos durante la o-

peracion. Dice bien el sabio... probemos. Sofia... Esmeral... ¡Execracion! ¡siempre, siempre la misma imágen!

Y cerrando el libro con violencia tomó un clavo y un martillo, cuyo mango estaba curiosamente pintado con letras cabalísticas.

-- Ya tengo en la mano el mágico martillo de Zechielo: á cada golpe que el temible rabino daba en el clavo se hundia un codo bajo de tiera el enemigo á quien condenaba. Si atino con la formidable voz que pronunciaba logro mi objeto. Veamos... ¡Emen-Hetan!... ¡Sigeani!... ¡Abra este clavo la tumba á cuantos lleven el nombre de Febo!... ¡Maldicion! ¡maldicion! ¡siempre... eternamente la propia idea!

Tiró el martillo con furor, y despues de algunos momentos de silencioso éxtasis cogió un compas y grabó en la pared con letras mayúsculas esta palabra griegá ÁNÁΓKH.

El estudiante observaba á su hermano con la mayor sorpresa, pues no sabia

con qué furia hierve el mar de las pasiones humanas cuando se le cierra toda salida. El austero y helado sayal de Claudio, aquella fria superficie de virtud escarpada é inaccesible le habia engañado constantemente, y jamas habia echado de ver que bajo la nevada frente del Etna hay lava furiosa, profunda y destructora. Conociendo al fin que su hermano habia vuelto á la meditacion anterior, que habia visto mas de lo que debia, y que no habia sido bueno sorprenderle en una de sus actitudes mas secretas, retiró su cabeza muy despacito, y apartándose de la puerta lo mejor que pudo arrastró los pies por la escalera como suele hacer el que llega y quiere avisar su llegada.

— Entrad, Maese Leonardo, que ya os aguardaba con la puerta abierta, gritó don Claudio sin abandonar su asiento.

El estudiante se introdujo audazmente; pero su hermano, á quien esta visita descontentaba mucho en semejante lugar,

se estremeció sin querer, diciendo: — ¡Cómo! ¿eres tú, rapaz? ¿qué traes á estas horas?

— Muchísima necesidad de correccion, hermano mio, respondió dando á su voz aquella dulzura que adopta el que pide cuando es la súplica desarreglada.

— Estoy muy descontento de tu proceder.

— Bien lo merezco.

— Y me alegro de verte para que oigas las quejas que diariamente recibo de tu comportamiento, quejas formales á las que es necesario dar satisfaccion. Palizas, burlas pesadas, y en tanto Aristóteles se cubre de polvo, y Ciceron duerme pacíficamente. ¡Buen latino, buen grecista saldrás por vida mia!

— Calumnias, todo calumnias, hermano querido. Y si no, ¿quieres que te traduzca esa palabra griega que está escrita en la pared?

— ¿Qué palabra?

— ÁNÁΓKH.

— Vaya, replicó don Claudio esfor-

zándose inútilmente en manifestar indiferencia, veamos qué significa.

— *Fatalidad.* Y la que está encima, grabada por la misma mano, quiere decir *impureza.* Ya ves que Aristóteles no está ocioso.

Guardó silencio don Claudio, disgustado de esta leccion de griego, y creyéndolo Lucas señal de aprobacion aprovechó el favorable momento y empezó á encajar su arenga en meloso tono para hacerla mas persuasiva.

— Hermano, le dijo, ¿qué valor tienen unos cuantos palos distribuidos á buena ley en una broma? ¿qué significa una quimera cuando el vapor de Baco se ha subido á la cabeza? ¿qué puede importar?...

— Acabemos, interrumpió don Claudio: ¿adónde va á parar ese exordió?

— A que necesito dinero, respondió frescamente nuestro Lucas.

— ¿Para qué?

— Para una obra de caridad.

— *Qui non laborat non manducet.*

— Bueno es el proverbio, pero no alivia mi necesidad. Mira mis gregüescos, que ya empiezan á trasparentarse, mira mis zapatos con la boca abierta, mira...

— *Qui non laborat...*

Interrumpió la repeticion de la cita un rumor de pasos que se oía en la escalera.

— ¡Silencio! dijo don Claudio poniendo el índice en la boca. Hé ahí á Maese Leonardo. Lucas, guárdate de hablar en tu vida de cuanto aqui veas ú oigas. Ocúltate inmediatamente en ese horno, y cuenta con respirar.

Agazapóse el estudiante en el horno, y alli le ocurrió una famosa idea.

— Vaya, Claudio, diez alfonsis que me tapen la boca.

— ¡Silencio! yo te los ofrezco.

— No, no, vengan ahora.

— Toma, dijo don Claudio echándole en el horno su escarcela al mismo tiempo que se abria la puerta del aposentillo.

El personage que entraba traía una

triste vestimenta negra y una cara aun mas macilenta: su pelo era ceniciento, muchas las arrugas de su rostro y blanquísimas sus pobladas cejas. Cuando Lucas echó de ver desde su escondrijo aquella facha de médico ó magistrado, aquella nariz tan distante de la boca, signo de tontería, y aquella afectada prosopopeya del nuevo interlocutor, se acomodó lo mejor que pudo en su brevísima madriguera, no dudando que tendria que pasar ilimitado tiempo en tan incómoda postura y en tan desagradable compañía.

-- Buenos dias, Maese Leonardo, díjole don Claudio despues de verle acomodado en un escabel.

-- Dios os guarde, maestro, contestó el de las negras hopalandas.

-- ¿Cómo va el trabajo?

-- Peor que nunca: ceniza cuanta apetezco, pero ni un triste grano de oro.

-- No hablo de eso.

-- ¡Ah! ya lo entiendo. Lo decís por la hechicera.

—— ¿Qué hechicera?

—— La danzarina de la cabra con cuernos de oro. Cuando querais la prenderemos.

—— ¿Pues en qué estado se halla la causa?

—— Próxima al fallo, probada la hechicería y el comercio con el diablo. ¡Y qué lástima! muchacha mas linda que ella no la vieron las arenas del Guadalquivir. ¡Qué ojos aquellos! ¡qué cuerpo! ¡qué donaire!

—— Yo os avisaré cuando convenga, dijo don Claudio mas pálido que un cadáver al oir estas merecidas alabanzas.

—— Aguardaremos vuestras órdenes. ¿Pero no es un dolor ver á una mozuela tan ojialegre encenagada en delitos infernales y víctima de las sugestiones del comun enemigo?

Abismado don Claudio en sí mismo no escuchaba ya lo que Leonardo del Valle iba diciendo, sino que miraba con ojos desencajados la gran tela de araña que ocupaba la parte superior de la ven-

tana. Levantó tambien los suyos el de la lúgubre vestimenta, y vió una mosca aturdida que buscando el sol de marzo fue á envolverse en aquella simulada red: al movimiento de su tela salió la enorme araña de la celdilla central y se precipitó sobre la mosca, asegurándola con las dos patas delanteras mientras que su asquerosa trompa iba tentando la cabeza del insecto volador. — ¡Pobre mosca! dijo Maese Leonardo levantando la mano para salvarla; mas don Claudio, como si dispertara sobresaltadamente de un profundo letargo, se lanzó á él y le detuvo por el brazo con violencia convulsiva.

—¡Maese Leonardo, gritó, no estorbeis que obre la fatalidad!

Volvióse aturdido el piadoso interlocutor pareciéndole que una tenaza de hierro le habia hecho presa en el brazo. Los ojos de Leviatan permanecian en tanto clavados en el grupo horrible de la mosca y de la araña.

—Sí, continuó con voz que parecia salir de sus entrañas, hé ahí el símbo-

lo de todo. Ella vuela, está contenta, busca la primavera, el aire, la libertad; pero tropieza en la tela y sale la araña, ¡la asquerosa araña! ¡Pobre juglaresa! ¡pobre mosca! Dejadla, Maese Leonardo, esa es la fatalidad. ¡Ay, Claudio! ¡tú eres la araña! ¡Ay, Claudio! ¡tambien eres la mosca! ¡tú volabas á la ciencia, mas al precipitarte á la brillante luz que descubre el desconocido mundo no viste la tela que tendió el destino; te arrojaste á ella, y ahora luchas entre las férreas garras de la espantosa fatalidad! ¡Maese Leonardo! ¡Maese Leonardo! ¡no estorbeis á la araña!

—Os juro que no la tocaré, decia el hombre de las hopalandas sin entender la apóstrofe de su maestro; pero soltadme el brazo, que teneis manos de tenaza.

Volvió don Claudio á su sillon y á su primer silencio.

—¿Y cuándo me ayudareis á hacer oro? preguntóle su discípulo para sacarle sin duda de aquel letárgico enagenamiento.

—— Estudiad, amigo, estudiad, respondióle don Claudio. Las cosas grandes exigen grandes esfuerzos.

Iba á replicarle el de lo negro, cuando entrambos percibieron hácia el horno un rumor de madíbulas y de masticacion que formaba singular contraste con la lobreguez de aquella escena.

—— ¿Qué es esto? preguntó Leonardo.

¿Qué habia de ser? que el estudiante, muy incómodo y fastidiado en su hurunera, se habia puesto á embaular gentilmente un mendrugo de pan y un pedazo de queso que la fortuna le deparó, compadecida sin duda de su áspera situacion y de lo vacío de sus tripas.

—— Es mi gato, respondió serenamente don Claudio, que habrá atrapado algun raton.

Esta respuesta satisfizo á Maese Leonardo. — En efecto, dijo, todos los filósofos tienen su bestia familiar.

Don Claudio, que temia alguna otra imprudencia de Lucas, recordó á su dig-

no discípulo que tenian que estudiar ciertas figuras de la entrada de la iglesia, y salió tras él de la celdilla con no poca satisfaccion del oprimido escolar.

Apenas habian traspuesto los dos alquimistas, lanzóse precipitadamente fuera del aposentillo y púsose en cuatro brincos en la calle, deseoso de conocer el calibre de las monedas que contenia la preñada escarcela. Al salir vió que estaban contemplando con mucho interés las peregrinas estátuas y dibujos que adornaban el frontispicio de la catedral, y se deslizó por detras de ellos con la bolsa en la mano, como si realmente temiese que don Claudio se arrepintiera, al verle, de su forzada generosidad, ó que le estorbara el ir á entregarse á los placeres de la libertad y del amor. Aun no habia cruzado la plaza dirigiéndose á una de las callejuelas que en ella desembocaban, cuando oyó á sus espaldas cinco ó seis juramentos de alto bordo, lanzados por una boca muy acostumbrada á semejantes interjecciones.

—¡Jurára que es mi amigo Febo! gritó Lucas volviéndose repentinamente al blasfemo.

Llegó el nombre Febo á los oidos de don Claudio: estremecióse, dió media vuelta y vió que su hermano se acercaba y daba la mano á un gallardo capitan de flecheros.

—¡Por mi vida, camarada, que jurais como un desesperado! díjole Lucas al reconocerle.

—¡Pues no he de jurar, si estoy en esa casa mas cortado que un chiquillo, y deseando volver á la calle para desembuchar todos los juramentos que se han podrido en el estómago!

—¿Venís á beber?

—Estoy sin blanca.

—Yo tengo la bolsa llena.

—Es imposible.

—Mirad.

Presentó Lucas su bolsillo á las ávidas miradas del capitan, que reconoció su escelente provision. Don Claudio en tanto se habia ido acercando á ellos deteniéndose

á pocos pasos sin que le echasen de ver, tanto les arrebataba la contemplacion de la escarcela.

— ¿Sabeis, Lucas, dijo el caballero del Febo despues de contar y recontar las monedas, que sois poseedor de veinte y tres alfonsis mas relucientes que un cristal? ¿A quién habeis asaltado esta noche?

—¡Ay Febo mio! el que tiene un hermano tonto no necesita trabajar mucho para adquirir esta riqueza.

— ¡Vamos á beber! gritó el capitan.

— ¡Vamos! ¡y viva la broma! respondió Lucas.

Y dando cabriolas se metieron en la callejuela inmediata, seguidos á lo lejos por Leviatan, que ni un punto los perdió de vista. Al volver otra calle oyeron el son de una alegre pandereta, y don Claudio advirtió que el capitan decia:

— Apretemos el paso.

— ¿Por qué, Febo?

— Temo á la gitana.

— ¿Qué gitana?

— La de la cabra.

— ¿La Esmeralda? ¿Y de qué la conoceis?

Aqui vió don Claudio que Febo acercó su boca al oido de Lucas, diciéndole algunas palabras en secreto. Soltó Molendino la carcajada y repuso: — ¿De veras?

-- Como hay viñas.

-- ¿Esta noche?

-- Esta noche.

-- ¿Y estais seguro de que acudirá á la cita?

-- ¿Y quién lo duda?

-- ¡Ah, capitan de los infiernos! ¡qué pícaro tan ladino sois!

Oyó don Claudio toda la conversacion: rechinaron sus dientes, y sobrecogió su cuerpo un espantoso estremecimiento; mas, á pesar de él, continuó siguiendo la pista de los dos tunantes, que despues de mucho andar se entraron cantando en una inmunda taberna.

Caía la noche é íbase quedando la calle á oscuras, mientras la taberna llena de luces relumbraba á lo lejos como una fragua en las tinieblas. Oíase el rumor

de los vasos, gritos, juramentos y quimeras producidos por cien figuras que iban cruzando al través de la turbia vidriera de una ventanilla que daba á la calle. Quedóse esta en profunda oscuridad al cabo de pocos minutos, sin que apareciese en ella mas viviente que un hombre embozado hasta los ojos con una capa que acababa de comprar á un ropero del barrio, ya para guarecerse del frio de marzo, ó bien para ocultar su trage: este hombre tenia clavados los ojos en la vidriera, como escudriñando lo que dentro pasaba, y daba de cuando en cuando una patada de impaciencia en el helado pavimento. Abrióse al fin la puerta del hediondo templo de Baco y salieron dos bebedores, uno borracho y otro sereno.

--Lucas de mi vida, decia el sereno al borracho, ¿no sabes que no tengo ni un miserable alfonsi?

--Capitan de mi alma, respondia el borracho, poco me importa.

--¿No sabes que esta noche es la cita, y tengo que recompensar á la bruja

Celestina por una hora de alquiler de su pocilga?

—— ¿Y qué tenemos?

—— ¿No sabes que son las siete, y que para llegar á la calle del Candilejo hay que atravesar toda la ciudad?

—— En hora buena.

Durante este breve diálogo iba Lucas arrastrando al capitan de un lado al otro de la calle, como hacen los borrachos con el hombre compasivo que cogiéndolos del brazo se empeña en evitarles la desgracia de una caida. Pero cansado Febo de las respuestas de su amigo, y conociendo la imposibilidad de llevarle hasta su casa en el breve tiempo que faltaba para ir á su nocturna cita, tomó el partido de dejarle caer suavemente en un poyo encomendando al sueño y al fresco de la noche la total curacion de la enfermedad que padecia. Apenas le hubo colocado lo mejor que le fue posible, empezó Lucas á roncar estrepitosamente con gran placer del capitan. El hombre de la capa se detuvo un instante junto al estudiante dormido,

lanzó un profundo suspiro, y luego se alejó para no perder de vista al caballero del Febo.

Conoció el novio de Flor de Lis, despues de andar algunas calles, que le seguian con empeño, y al volver los ojos casualmente vió una especie de sombra que se agitaba en pos de él. Detúvose, y la sombra se detuvo: echó á andar, y la sombra detras. Tranquilizábale un poco el miserable estado de su bolsillo; mas al llegar á una callejuela, la mas solitaria, paróse un momento y vió que la sombra se dirigia á su encuentro con pasos tan lentos, tan lentos, que tuvo tiempo de observar que su perseguidor llevaba sombrero y capa, y que permanecia á pocos pasos de él tan inmóvil como si fuese de piedra, y clavándole unos ojos fijos llenos de aquella vaga luz que despide por la noche la pupila de un gato.

El capitan era valiente, y con la espada en la mano no temia al mismo diablo; pero aquella estátua que andava, aquel hombre petrificado le helaron la

sangre. Corria entonces por Sevilla no sé qué historia de un duende negro, rondador nocturno de calles, y al recordarla Febo permaneció un momento como asombrado, y al fin rompió el silencio diciendo: —Si sois ladron, os digo que os dirijais á otra parte, que yo tengo la bolsa vacía. Si no lo sois, os intimo que no me place que me anden siguiendo los pasos.

La mano de la sombra salió por debajo de la capa y se desplomó sobre el brazo del capitan con la pesadez de la garra de un águila, y al mismo tiempo dijo aquel ser misterioso: —¡Caballero del Febo!

—¿Cómo diablos sabeis mi nombre?

—No solo sé vuestro nombre, respondió el de la capa con su voz sepulcral, sé tambien que teneis esta noche una cita.

—Verdad es, dijo Febo estupefacto.

—A las siete.

—Tambien es verdad.

—En casa de la Celestina.

-- No lo niego.

-- La de la calle del Candilejo.

-- Exactamente.

-- Con una muger.

-- Es cierto...

-- Que se llama...

-- La Esmeralda, añadió Febo alegremente, dueño ya de su natural frescura.

Al oir este nombre el de la capa le apretó el brazo con furor clamando: -- ¡Mientes!

El que en este momento hubiese visto el inflamado rostro del capitan, el salto que dió hácia atras para desprenderse de la tenaza que le tenia asido, el gesto feroz con que echó mano al puño de la espada, y ante todo este aparato de cólera la imperturbable inmovilidad del hombre de la capa, no hubiera podido menos de estremecerse.

-- ¡Que miento! ¡Repite si te atreves esa blasfemia!

-- ¡Mientes!

El capitan desnudó su acero, é iba ya

á vengar el insulto recibido, cuando el otro, sin perder ni un pie de tierra, le dijo con amargo acento: — Caballero del Febo, no olvideis vuestra cita.

Esta sola palabra bastó para desarmar la furia de su brazo. — Capitan, prosiguió la sombra, mañana, esotro dia, dentro de un mes, dentro de diez años me hallareis dispuesto á pasaros el corazon; pero no falteis ahora á vuestra cita.

Oido esto envainó Febo su espada.

— Id á vuestra cita, repitió nuevamente el incógnito.

— En hora buena, y gracias por la atencion. Decís bien: mañana será tiempo de hacernos tajadas: vóime, pues, á mi cita, que es á las siete, como no ignorais. ¡Ay de mí! añadió rascándose la oreja; ¿y con qué pagar el alquiler del cuarto, si estoy sin tarja?

— Aqui va con que pagar.

Febo sintió que la helada mano del hombre misterioso ponia en la suya una ancha pieza de moneda, que no pudo

menos de aceptar apretando aquella mano generosa.

-- Por las barbas de mi abuelo, esclamó, que sois hombre honrado.

-- Esta dádiva lleva consigo una condicion. Probadme que me equivoqué, y que deciais la verdad, ocultándome en un rincon desde donde pueda ver si la muger que os aguarda es ciertamente aquella cuyo nombre pronunciásteis.

-- No hay porque negaros esta peticion. Desde un aposentillo inmediato á la sala donde he de verme con ella podreis atisbar cuanto os plazca.

-- Vamos, pues, dijo la sombra.

Y pusiéronse á caminar rápidamente. Detúvose Febo delante de una puerta baja, en la que dió un tremendo golpe y poco despues se abrió, dejando ver á los recien llegados una vieja y un candil que temblaban á una; la vieja estaba agoviada, llena de arrugas y andrajos, y su casa no presentaba mejor aspecto, pues las paredes ahumadas, las sillas cojas y la mugrienta mesa ofrecian á los ojos

toda la hediondez de la miseria. Subíase á la habitacion superior por una escalera de mano que daba á una trampa abierta en el techo. Al penetrar en este horrible camaranchon levantóse el misterioso compañero de Febo la capa hasta la frente y siguió á la vieja que alumbraba, dando mil gracias al capitan por el brillante escudo que acababa de poner en su mano cadavérica, y metiólo inmediatamente en el cajon de la mesa; mas al volver las espaldas levantóse de un monton de cenizas un muchacho desgreñado y sacó bonitamente el escudo con el mayor disimulo, dejando en su lugar una hoja seca que acababa de arrancar de un hacecillo. Puso la vieja su candil en un cofre, y Febo, conocedor de aquel terreno, hizo entrar en un cuchitril oscuro á su compañero, el cual obedeció sin responder palabra: echó Febo el cerrojo á la puerta, y poco despues desapareció con la vieja y con la luz.

Don Claudio de Molendino, pues bien le habrá conocido el lector á pesar de la capa y de su misteriosa conducta, tentó

las paredes de su miserable escondrijo, y advirtió que no tenia mas respiradero que la puertecilla de entrada: acomodóse como mejor pudo, aguardando impaciente el término de tan estraña aventura; pero no habia trascurrido un cuarto de hora cuando oyó rechinar los peldaños de la escalera y vió aparecer la luz, y la vieja, y el capitan, y la linda y agraciada figura de la Esmeralda. Todo esto lo veía por una rendija bastante ancha que tenia la puerta, y á la cual pegó su cara maquinalmente: tembló, batieron sus arterias con desusada fuerza y anublósele la vista.

Cuando volvió en sí estaban solos el capitan y la Esmeralda, sentados en el cofre al lado del candil y junto á una ventana que tenia rotos casi todos los vidrios, y que daba entrada á los rayos de la opaca luna. La inocente jóven estaba encendida, trémula y cortada: á sus pies yacía la bella cabrita, constante compañera de sus trabajos y satisfacciones. El capitan estaba magníficamente vestido segun el uso de aquella época.

-- No me desprecieis, por Dios, señor caballero, decíale sin levantar los ojos de su cabra; bien sé que estoy obrando mal.

-- ¡Despreciarte yo! angel mio, ¿y por qué?

-- Porque caí en la debilidad de seguiros á este lugar.

-- Buen trabajo me ha costado, bribonzuela.

-- ¡Cuánto os amo, señor capitan!

-- ¿Me amas? respondió el caballero ciñendo con su robusto brazo la delicada cintura de Esmeralda, y aprovechando esta coyuntura favorable que le ofrecia la franca declaracion de la gitana.

Al ver don Claudio esta accion probó en la yema del dedo la punta de un puñal que trajera oculto en el pecho.

-- Febo, prosiguió la esmeralda apartando suavemente las tenaces manos del imprudente capitan, vos sois bueno y generoso, me salvásteis la vida y cautivásteis mi corazon... ¿me dareis tambien la mano de esposo?

A esta pregunta tomó el rostro del

seductor una espresion de sorpresa, de desprecio y de libertina pasion.

--¿Quién se acuerda de eso?

La gitana palideció y dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho.

-- Amor mio, repuso Febo con ternura, ¿quién te metió en la cabeza tales pensamientos? ¿Qué conexion tiene el casarse con el quererse bien? Estas preguntas iban acompañadas de un mirar tan alhagüeño, de una voz tan irresistible, que la víctima infeliz no pudo estorbar ya los nuevos atrevimientos del corrompido militar.

Todo lo observaba don Claudio, que condenado hasta entonces á la mas austera virginidad, se estremecia rugiendo ante aquella liviana escena de voluptuosos amores: sentia estraordinarios movimientos, y parecíale que se derramaban por sus venas torrentes de metal fundido. Quien en aquel instante hubiese podido descubrir su rostro, pegado á las carcomidas tablas de la puerta, hubiera creido ver á un tigre contemplando desde su

jaula algun chacal que devoraba una gacela.

—¿Qué significa este colgajo? preguntó el capitan á la Esmeralda, cogiendo el misterioso amuleto que llevaba colgado del cuello.

—¡No lo toqueis! respondió ella con viveza; este es mi defensor, este es el que ha de volverme á los brazos de mis padres si conservo mi virtud. ¡Oh! por Dios, dejadme, señor caballero; ¡no me robeis á mi madre, no me robeis mis mas dulces esperanzas!

Retrocedió Febo diciendo friamente:

—Ya veo que tu amor es un engaño.

—¡Ah! no lo creais, esclamó la fascinada doncella, asiéndole el cuello con ambos brazos. ¡Haced lo que querais de mí; quitádmelo todo, abandonadme despues, mas no dudeis de mi amor! Soy una infeliz, soy una criatura despreciada, envilecida, pero incapaz de mentir al que amo: de rodillas te juro que jamas seré de otro, que mi pasion á tí se acabará con mi vida, que esta vida es tuya;

que quiero morir por tí, porque sin tu amor fuera horrible mi existencia.

Y llorando la pobre Esmeralda abrazaba las rodillas del orgulloso capitan, que iba á echarse en sus brazos, cuando vió la gitana por encima de la cabeza de su amante una con cara lívida, verde, convulsiva, y junto á ella una mano armada de puñal. Eran la cabeza y la mano de don Claudio, que habia roto la puerta y estaba alli. La gitana se quedó inmovil, helada, muda á tan espantosa aparicion, como una paloma que levanta la cabeza en el momento que el milano acecha su nido con carnícera ferocidad.

Ni gritar pudo al ver que el puñal caía sobre Febo y se levantaba humeante.

—Maldicion, dijo el capitan, y cayó.

Esmeralda quedó desmayada, y en el momento que se cerraban sus ojos sintió en sus labios una impresion mas ardiente que el hierro hecho ascua del verdugo.

Cuando recobró los sentidos se hallaba rodeada de soldados, llevábanse al ca-

pitan bañado en sangre, y el hombre negro habia desaparecido: la ventana daba al rio, y estaba abierta de par en par; recogian una capa, que supusieron prenda del caballero, y decian á los curiosos:

—Es una hechicera, que ha asesinado á un capitan.



CAPITULO III.

Un mes habia transcurrido sin que ni Pedro Nebrija ni la bribona chusma del barrio del hampa alcanzasen noticia del paradero de la Esmeralda y de su cabra, lo que contristaba muchísimo al poeta, de suyo bonachon y agradecido, el cual hizo las mas esquisitas diligencias para dar con entrambas, sin creer jamas las vagas noticias que corrian acerca de su fuga con un oficial, pues estaba muy convencido de la supersticiosa necesidad en que la juglaresa se hallaba de conservar ilesa su virtud, y del inexpugnable pudor que la defendia de las asechanzas del vicio.

Paseábase un dia tristemente el desconsolado vate por las inmediaciones del alcázar, y al llegar frente á la puerta que veían los jueces con caras inmóviles y

daba entrada al tribunal de justicia detúvose admirado viendo un tropel de gente que entraba y salia.

— ¿Qué es eso? preguntó á un mozo rubio que se apartaba del edificio.

— No lo sé, amigo mio, respondió el interrogado. Dicen que van á juzgar á una muger que ha dado muerte á un flechero; y como al parecer hay mezcladas en el asunto algunas acusaciones de sortilegio y hechicería, el señor arzobispo ha nombrado para que intervenga en su nombre á un bendito hermano que Dios me dió, á quien por mas que he trabajado no he podido hablar, tanto es el gentío que hay agolpado en el salon.

Fuése el estudiante por su camino, y Nebrija siguió el tropel que subia por la escalera de la sala del tribunal. Era esta vasta y sombría, lo que la hacia parecer aun de mas estension: habia ya algunas velas encendidas, porque iba anocheciendo; en el fondo de la testera se

siniestras, á los lados los esbirros y escribanos rodeados de mil lios de papeles, y ocupaba la parte anterior la muchedumbre. En el momento de entrar Pedro Nebrija, que gracias á su prolongada estatura pudo hacerse cargo en un momento de cuanto alli habia, estaban jueces y mirones escuchando silenciosos la importante declaracion de una vieja andrajosa puesta de pie en medio de la sala.

— Es tan cierto, señores, como yo soy la Celestina de la calle del Candilejo, vieja y miserable ahora, pero como un pino de oro en mi mocedad, y mas decidora que otro tanto. Bien me decian mis comadres: Celestina, no hileis de noche y atrancad la puerta, que anda suelto el duende negro buscando casas abiertas. Hilaba yo cierta noche un copo como el hampo de la nieve, y cátate que llaman á la puerta: no respondo; juran y porfian; conozco la voz y abro: entran dos hombres, uno negro con un gallardo oficial; del negro solo se veían los ojos, que eran dos ascuas; lo demas se

reducia á capa y sombrero: pídenme un cuarto y dánme un escudo, que encierro en mi cajon: subimos y llegamos á lo alto. Mientras vuelvo las espaldas desaparece mi hombre negro: el oficial baja conmigo, y poco despues torna á entrar con una rapazuela que á llevar buenas galas brillaría como el sol: con ella venia una cabra muy grande, muy grande, y no sé si negra ó blanca; esto no me pareció muy bien, mas el escudo estaba en mi poder y era forzoso pasar por todo: súbense al cuarto de arriba la muchacha y el oficial, y quedéme yo abajo repelando tranquilamente la rueca. Debo advertir que en el cuarto de arriba hay una ventana que da al rio, y que tiene muy poca elevacion. No sé por qué me acordaba yo tanto de aquel duende negro de quien me hablaban mis comadres; pero á lo mejor oigo un grito arriba: ábrese la ventana y cae una cosa de lo alto; asomo la cabeza á otra ventanilla que hay en el cuarto inferior debajo de la otra, y veo que se tira al

rio un bulto negro, una fantasma, que con el auxilio de la luna me fue fácil distinguir, la cual fantasma nadaba con rapidez á favor de la corriente: abro mi puerta, doy voces de socorro, acuden soldados; subimos y hallamos el suelo lleno de sangre, el capitan tendido con un puñal clavado en el cuello, la muchacha haciéndose la muerta, y la cabra enfurecida: lleváronselos, y cuento acabado. Aguardad, que olvidaba lo mejor: fuí á la mañana siguiente á buscar el escudo para comprar vituallas, y en su lugar encontré una hoja seca.

Esta circunstancia levantó en el auditorio un murmullo de horror.

— ¿Y habeis traido esa hoja en que se transformó la moneda? preguntó á la declarante Leonardo del Valle, uno de los jueces que componian el tribunal.

— Sí señor, vedla aqui.

— Es de abedul, dijo Leonardo al reconocerla. Nuevo indicio de magia. ¿Y quién os dió el escudo, el hombre negro, ó el oficial?

— El oficial.

— He de advertir á vueseñorías, saltó el escribano, que en la declaracion del oficial moribundo consta que la moneda le fue dada preliminarmente por el hombre negro que le acompañó, lo cual prueba que fue fabricada en los infiernos. Asi resulta, y el tribunal puede corroborar fácilmente el dicho del oficial, llamado el Caballero del Febo.

Al oir este nombre levantóse de su asiento la acusada, cuya magestuosa cabeza descolló sobre las de todos los circunstantes. Figúrese el que lee cuál quedaria Pedro Nebrija al reconocer en ella á la Esmeralda.

Estaba pálida, desencajada: sus cabellos, en otro tiempo tan primorosamente entrelazados con cintas y joyeles, caían ahora desordenadamente sobre el nevado cuello: sus labios parecian cárdenos, en sus ojos estaba ya apagado el brillo que tanto realce diera á su graciosa fisonomía.

— ¡Febo! gritó con entusiasmo: ¿dón-

de está? ¡Oh, señores, decidme por favor antes de matarme, decidme si vive aun!

—¡Silencio! dijo el presidente.

—Por piedad, decidme si vive, repitió juntando las manos cargadas de cadenas que producian un lúgubre sonido.

—¡Se está muriendo! respondió secamente un juez: ¿estás contenta?

Cayó la desdichada en su asiento sin voz, sin lágrimas, blanca como una figura de cera, y sin dar la menor señal de vida. Sacudiéronla bárbaramente por el brazo para que volviera en su acuerdo, y entonces elevó el presidente su campanuda voz diciendo:

—Eres de raza de los gitanos y dada á los maleficios. A favor de la complicidad con una cabra hechizada y citada en el proceso diste muerte violenta de puñal, de concierto con las potestades tenebrosas y auxiliada de mil encantos, á un capitan de los flecheros del rey, llamado el Caballero del Febo. ¿Persistes en negarlo?

—¡Qué horror! esclamó la inocente jóven cubriéndose el rostro con ambas manos. ¡Oh, Febo mio!

—¿Persistes en negarlo? repitió con la mayor frialdad el presidente.

—¡Que si lo niego! replicó la infeliz con acento terrible y poniéndose otra vez de pie.

—¿Cómo esplicas entonces los hechos que te acusan?

—Ya lo he dicho; nada sé: es un hombre negro, un hombre fatal á quien no conozco, un ser diabólico que me persigue encarnizadamente.

—A quien llaman el duende negro.

—¡Oh, señores, miradme con ojos compasivos!

—Vista la dolorosa obstinacion de la acusada, repuso Leonardo del Valle, requiero la aplicacion del tormento.

—Concedido, respondió el presidente.

Estremecióse la desdichada, y siguió silenciosa á los sayones, que iban precedidos por Leonardo del Valle y el comisionado del arzobispo, hácia una puerta que

se abrió súbitamente y volvió á cerrarse con igual velocidad, lo que en el ánimo de nuestro amigo Nebrija produjo el mismo efecto que una enorme boca que se la hubiese tragado.

Despues de atravesar oscuros corredores y de bajar y subir un sin número de escalones, llegó el acompañamiento á la siniestra sala circular llamada del *tormento*, en cuyo centro se veía tendido en el suelo un colchon de cuero rodeado de tenazas, garfios, cadenas y demas horribles instrumentos que usaba aquella edad furibunda para arrancar de los labios del criminal la confesion de su delito. Sentado en este lecho aguardaba el atormentador jurado las órdenes del tribunal, y estaban de pie á su lado los dos ayudantes, cuyas horrendas cataduras hubieran estremecido al crímen mismo. La pobre Esmeralda habia reconcentrado todo su valor; pero no pudo menos de horrorizarse al penetrar en aquel espantoso recinto: acercóse á ella Leonardo del Valle, y dijo con dulce sonrisa:

—¿Persistes, querida, en negar el hecho?

—Sí, respondió con apagada voz.

—En este caso será preciso, aunque muy doloroso para todos, el interrogarte con mas vehemencia. Siéntate en esa cama. Maese Judas, cumplid con vuestro deber.

Sin embargo la infeliz permaneció de pie: aquel lecho fatal en que tantos miserables habian sufrido la espantaba, helaba la médula de sus huesos. Cogiéronla los dos sayones, y sin hacerla daño alguno la sentaron en el colchon. Al tocar aquel cuero helado parecióle que venian hácia ella todas las disformes herramientas del dolor, y que se iban apoderando de sus carnes delicadas.

—¿Por tercera vez te pregunto, dijo Leonardo del Valle, si persistes en negar los delitos de que te acusan?

Esta vez no pudo responder mas que con un movimiento de cabeza: la voz se habia añudado en su garganta.

—¿Persistes? mucho lo siento. Maese Lucas, manos á la obra.

—¿Por dónde empezaremos? preguntó fieramente el infernal atormentador.

— Empezad por el borceguí.

—¡Oh! murmuró la víctima con voz que nadie pudo oir: ¡Oh, Febo mio!

Luego volvió á su pasiva inmovilidad y á su marmóreo silencio.

Los satélites de Maese Judas desnudaron brutalmente aquel pulido piesecito que tantas veces maravilló á los espectadores de sus gracias y belleza. Si el hombre negro se hubiese hallado presente hubiera recordado en este punto el símbolo de la araña y de la mosca. Acercóse en tanto el férreo borceguí, en el cual quedó encerrado el diminuto pie, y sujeto tambien el cuerpo con una correa que pasaba por la cintura del atormentado.

— Por última vez, preguntó Leonardo, ¿confiesas los hechos de la causa?

— Soy inocente.

— ¿Cómo esplicas entonces las circunstancias?

— ¡Ay señor! no puedo.

—¿Y niegas...

— Todo lo niego.

— Obrad, Maese Lucas.

Torció éste la manecilla del borceguí, el cual se estrechó instantáneamente, y la desventurada lanzó uno de aquellos gritos que en ninguna lengua pueden escribirse.

— Deteneos, dijo el juez: ¿confiesas ahora?

—¡Todo lo confieso! gritó la víctima: ¡perdon, perdon!

— La humanidad me obliga á decirte que esta confesion te lleva al suplicio.

— Ya lo discurro, dijo ella, cayendo nuevamente en el lecho de cuero, moribunda y abandonada á su horrible suerte.

—Gitana, esclamó Leonardo en alta voz; ¿confiesas la parte que has tenido en los sortilegios, hechicerías y maleficios del infierno, con las larvas, los magos y las brujas? Responde.

—Sí, respondió con acento apenas inteligible.

— ¿Confiesas haber tenido comercio habitual con el demonio bajo la figura de una cabra familiar?

— Sí.

— ¿Confiesas, por último, que ayudada de Satanás, y del fantasma conocido vulgarmente por el duende negro, asesinaste á un capitan llamado el Caballero del Febo?

Fijó en el magistrado sus apagados ojos, y respondió como maquinalmente sin estremecimiento ni vacilacion: — Sí.

Es evidente que su corazon estaba destrozado.

Levantáronla del fúnebre lecho y arrastráronla á la sala del tribunal, que oyendo la nueva declaracion del juez que presenciara la escena del tormento, la condenó á pena de muerte en horca, juntamente con la cabra, cómplice de sus hechicerías.

— Hija delincuente, dijo el escribano con voz de hielo, el dia que plazca al rey nuestro amo sereis llevada vestida de blanco, con los pies desnudos y una

sogà al cuello, ante la santa iglesia catedral de esta ciudad, y abjurareis vuestros errores con una antorcha de cera en la mano, y despues á la plaza pública, donde sereis colgada y estrangulada juntamente con la vuestra cabra, en satisfaccion de los crímenes por vos cometidos y confesados de magia, lujuria y asesinato en la persona del señor caballero del Febo, capitan de flecheros. Reciba Dios vuestra alma arrepentida.

—— ¡Oh! esto es un sueño, murmuró la infeliz al sentir en sus brazos la impresion de las rudas manos que la arrastraban á otra parte.



CAPITULO IV.

Para que un edificio pudiese llamarse completo en la edad media era precisa circunstancia que tuviese bajo de tierra otra tanta fábrica como la que salia fuera de la superficie del terreno. De aqui es que en un palacio, una fortaleza ó un templo, habia otro palacio, otra fortaleza y otro templo subterráneo, oscuro, misterioso, ciego y mudo, ya destinado á sepulcro, ya á carcel ó á entrambas cosas, segun el objeto de su fundacion. Cuando era carcel, el infeliz á quien alli encerraban se despedia de la luz, del aire, de la vida, de la esperanza, pues no solia salir sino para la horca ó la hoguera: podríase en ella algunas veces, sin ver la luz ni aun para morir, pesando sobre su cabeza una amalgama de piedras y carceleros que le encadenaban lejos del mundo viviente.

En una de estas horribles tumbas, en que Dante hubiera podido colocar su infierno, yacía la Esmeralda, perdida en las tinieblas, sepultada, emparedada. El que la hubiese visto en el inmundo calabozo despues de disfrutar el espectáculo de sus risas y danzas, se hubiera estremecido al contemplarla fria como la noche, fria como la muerte, agoviada con el peso de las cadenas, junto á un jarro y un pan, sobre unas pajas, en la charca de agua que formaba á sus pies la resudacion del calabozo. El sol, el dia, Febo, las calles de Sevilla, las aplaudidas danzas, el hombre negro, el puñal, la sangre, el tormento, la horca luchaban vaga y tumultuosamente en su espíritu, perdiéndose en las tinieblas. Ni velaba ni dormia, pues en aquel infortunio, en aquel encierro, no era dado distinguir el sueño de la realidad ni el dia de la noche. La periódica visita del silencioso carcelero era la única comunicacion que le restaba con la humana especie, sin que en su estado de estupor pudiese tenerla

mas que por una vision espantosa que acrecía el desconcierto de su trabajada imaginacion. Sin embargo, una cosa habia allí que ocupaba maquinalmente su oido, y era el acompasado rumor de una gota de agua que se desprendia de la bóveda y caía en la charca, único movimiento que advirtiese á su alrededor, único reloj que marcase el tiempo, único ruido que llegase á percibir de cuanto ruido se hace en la superficie de la tierra.

Un dia, en fin, ó una noche, oyó sobre su cabeza un estrépito mas fuerte que el que producia el cerrojo al entrar el carcelero. Levantó la cabeza y vió que por una puerta abierta en la bóveda salia la rojiza luz de una linterna, una mano y la parte inferior de dos cuerpos humanos; pero hirió la luz sus ojos tan fuertemente que tuvo que cerrarlos. Al abrirlos la puerta estaba cerrada, la linterna en la última grada de una escalera y un hombre de pie delante de ella vestido con una túnica negra y un velo espesísimo que le cubria el rostro: miró

fijamente por espacio de algunos minutos aquella especie de espectro, y rompiendo el sepulcral silencio que allí reinaba le preguntó: — ¿Quién sois?

— Un hombre.

El sonido de la voz la hizo estremecer.

— ¿Estás preparada? prosiguió con sorda articulacion el de la túnica.

— ¿Á qué?

— Á morir mañana.

— ¡Qué tarde! murmuro la infeliz, dejando caer de nuevo la cabeza sobre el pecho.

— ¿Tan desdichada eres? preguntó, el hombre misterioso.

— Ved si hay estado mas horrible repuso temblando de frio y paseando la azorada vista por las reducidas paredes del calabozo.

— ¿Por qué te hallas aquí?

— Creo que lo he sabido, respondió la encarcelada pasando por la frente sus flacos dedos, como para ayudar á la memoria; mas ya no lo sé. Yo quisiera

salir de este encierro espantoso: estoy muerta de frio, llena de miedo...

— Pues sígueme.

Dicho esto cogió su brazo el de la túnica, y aunque la pobre Esmeralda tenia heladas sus entrañas, al contacto de aquella mano sintió nueva impresion de frio.

— ¡Oh! murmuró la triste doncella, esta es la mano de la muerte. ¿Quién sois?

Levantó el ser misterioso el velo que cubria sus facciones, y presentó aquella siniestra cara, aquel rostro infernal, que se le apareció en casa la Celestina por encima de la cabeza de su adorado capitan.

Esta aparicion, siempre tan fatal para ella, y que la habia lanzado de dolor en dolor hasta el suplicio, la sacó de su enagenamiento, pareciéndole que rasgaba el velo que hasta entonces habia ofuscado su memoria. Volvieron á su imaginacion todas las circunstancias de su aventura nocturna, no vagas ya y confusas como hasta entonces, sino tan claras, tan distintas, tan horribles, que hicieron

brotar nueva sangre de todas las heridas de su corazon.

—¡Ah! ¡es el hombre negro! gritó cubriéndose el rostro con un temblor convulsivo.

—¿Te horroriza mi presencia? díjole don Claudio.

—¡Cuán dichosa era yo antes de veros! ¡oh miserable! ¿quién sois? ¿qué daño os hice? ¿cuáles son vuestras quejas contra mí?

—¡Yo te amo! gritó el hombre negro.

Detuviéronse las lágrimas de la gitana y le miró con ojos de salvage: él estaba de rodillas y la contemplaba con ardor.

—¿Lo oiste? ¡te amo!

—¡Oh Dios! ¡qué amor! esclamó la gitana estremeciéndose.

—El amor de un condenado.

Ambos permanecieron silenciosos por algunos minutos, agoviados bajo la pesadumbre de sus afectos: él insensato y ella estúpida.

—Escucha, dijo don Claudio con calma singular: vas á saberlo todo. Antes de verte fui feliz.

—¡Ah! ¡yo tambien! suspiró la Esmeralda débilmente.

—No me interrumpas. Sí, yo era feliz, puro, insensible á las pasiones mundanas, despreciador impávido de las bellezas. Un libro tenia para mí mas atractivo que todos los placeres decantados por el amante. La vida austera, el contínuo estudio, el retiro en que pasé mi juventud fortificaron el alma mia contra los combates del cuèrpo fragil. Creíame dueño de mí mismo, de mi corazon, de mi virtud, pues lograba vencer las asechanzas que el enemigo comun urdía continuamente para inclinarme á la sensualidad. ¡Ah! ¡si no he logrado cantar victoria, débolo sin duda á mi desmesurado orgullo! — Escucha. Un dia me hallaba á la ventana de cierta celdilla de la catedral, y ví en la plaza un espectáculo que no era para ojos humanos: una criatura que danzaba primorosamen-

te. Brillaban sus negros ojos con el fuego del candor, sus ensortijados cabellos reflejaban los últimos rayos del sol, y resplandecian como hilos de oro: sus delgados y morenos brazos se enlazaban y desenlazaban en torno de su cintura con increible flexibilidad; sorprendia el bellísimo conjunto de sus graciosas formas, iluminadas por el astro magestuoso que envidiaba desde el cielo aquel encanto de los hombres. Esta criatura eras tú. Sorprendido, ébrio, encantado, te contemplé con ardor y conocí que caía en las garras de la suerte. Cantabas despues, y tu canto era mas seductor que la ligereza de tus pies. Quise huir: fuéme imposible, pues me hallé clavado, arraigado en el suelo. Desde entonces conocí dentro de mí mismo otro hombre muy distinto del anterior. Perseguíame tu imágen; no una imágen de la luminosa aparicion primera, sino sombría, fúnebre, tenebrosa como la noche eterna. Obraba ya el encanto; revolvía mi cerebro y sentía cumplirse en mí el misterioso malefi-

cio de la seduccion. Busqué tu hermosura en las calles, en las plazas; te ví una, dos veces, y quise verte mil y verte siempre, pues cada dia eras mas necesaria á mi reposo. Fuera ya de mí, rotos todos los frenos del pudor, de la virtud, de la vanagloria, intenté robarte una noche: íbamos dos: ya estabas en nuestras manos cuando te salvó aquel miserable oficial. Allí empezó tu desgracia, y la suya y la mia. No sabiendo ya qué hacer, tuve valor para denunciarte como hechicera, creyendo romper el fatal encanto que me arrastraba en pos de tí. Creía tambien que asi caerías en mis manos y no podrias negarte á mi amor. Mi imaginacion veía proféticamente este calabozo, esta oscuridad, estos horrores, y en ellos las imponderables delicias de una posesion tan suspirada: en fin, juré tu perdicion, y desde entonces me propuse atormentarte en mis frecuentes encuentros. Sin embargo, llegué á titubear, pues mi proyecto llevaba consigo tan espantosas circunstancias que me hacia retroceder. Pero un

mal pensamiento quiere llegar á crímen cuando el alma se adormece y resiste al convencimiento: yo me figuraba dotado de irresistible poder, mientras que la fatalidad era mas poderosa que yo mismo: ¡ay! ella, ella es la que te entrega á las terribles ruedas de la máquina construida tenebrosamente por mis manos. Escucha todavía: voy á terminar esta triste relacion... Otro dia ví pasar junto á mí un mancebo gallardo que pronunció tu nombre con lujurioso acento. Le seguí... ¡qué horror! ya sabes lo demas.

—¡Oh Febo mio! esclamó lánguidamente la Esmeralda.

—No pronuncies ese nombre, dijo don Claudio aferrándole el brazo con violencia: ese nombre ¡infelices! ¡ese nombre nos ha perdido á todos! Tú padeces, tienes frio, te ciega la noche, te envuelve el calabozo, mas llevas dentro del alma alguna luz, aunque no sea mas que ese amor á un hombre vacío que jugaba con tu corazon. ¡Yo traigo el calabozo dentro de mí mismo; dentro de mí está el in-

vierno, el hielo, la desesperacion, la noche del alma! ¿Sabes tú lo que he sufrido? yo asistí á tu interrogatorio, y tú no me veías; yo estaba alli padeciendo las contorsiones de un réprobo. Yo te seguí á la sala del tormento, yo ví encerrar en el horrible instrumento de dolor aquel delicioso pie bajo el cual hubiera sentido con placer aplastarse mi cabeza: mientras esto veía, la punta del puñal que llevaba oculto iba rasgando mi seno por un movimiento maquinal de la mano vengadora. Al grito que lanzaste lo clavé en mi pecho: ¡si exhalas otro me entraba en el corazon! ¡Mira, aun mana sangre!

Abrió su túnica con ambas manos y presentó á los ojos de Esmeralda el pecho destrozado como por una garra de tigre, y una herida ancha y mal cerrada. La gitana retrocedió con un estremecimiento de horror.

—¡Si, criatura celestial! dijo el hombre negro; ¡ten lástima de mí! ¡tú no sabes aun lo que es la desgracia! ¡tú no

sabes aun lo que es verse aborrecido y amar con todos los furores del alma, y ver á la que se adora en brazos de otro! ¡hallarse presente con los zelos y la rabia, mientras ella prodiga á un fanfarron imbécil los tesoros del amor y la belleza! ¡Estas son las verdaderas tenazas enrojecidas con el fuego del infierno! ¡Compasion! ¡Hermosa! enjuga, enjuga las gotas de sudor que brotan de mi frente: ¡ten lástima de mí! ¡ten lástima de mí!...

Al decir esto se revolcaba por encima de la charca de agua, y golpeaba con su cráneo los ángulos cortantes de la escalera de piedra. Ella le escuchaba, y le miraba, y repetia á media voz: — ¡Oh Febo mio!

Don Claudio se arrastró hácia ella de rodillas.

— Yo te lo suplico, gritaba; ¡tú tienes entrañas! ¡no me desprecies! soy un miserable. ¡Si tú quisièras!... ¡cuán felices pudieramos ser aun! Huiríamos... buscaríamos el lugar mas florido de la

tierra, nos amaríamos, bebiendo dulcemente la inagotable copa de la felicidad.

—¡Jamas! ¡la muerte primero!

—¡Infeliz! ¡ven! apresúrate: mañana no será tiempo: ¡te aguarda el suplicio, el suplicio horrible! ¡sígueme! ¡sálvate! ¡compadécete de mí!

Y asiendo con furia su brazo virginal, queria arrastrarla hácia la puerta.

—¿Qué ha sido de Febo? preguntó la gitana clavándole los ojos.

—Ha muerto, gritó don Claudio.

—Ha muerto; ¿y me hablas de vivir?

—Sí: la hoja de mi acero entró en su cuerpo toda entera: yo toqué con la punta su corazon: yo vivia hasta en el estremo del puñal.

La víctima se levantó repentinamente como una tigre furiosa, y recogiendo sus fuerzas le empujó con ambas manos contra la escalera gritando: —¡Huye, monstruo! ¡huye, asesino! ¡déjame morir! ¡Reunirnos! ¡jamas! ¡ni en el sepulcro! ¡Huye, maldito! ¡jamas!

Púsose en pie el hombre negro, tomó su linterna, subió la escalera lentamente, abrió la puerta y salió. La Esmeralda volvió á ver de repente su cabeza animada de espantosa espresion, que gritaba con un ronquido de rabia: —¡Te juro que ha muerto!

Cayó la infeliz de cara contra el suelo, y no volvió á oirse en el calabozo otro rumor que el suspiro de la gota de agua que hacia palpitar la charca en las tinieblas.



CAPITULO V.

El caballero del Febo no habia muerto, á pesar de la grave herida que recibió de la mano de don Claudio, pues los hombres de su temple tienen la vida muy dura. Cuando su infame asesino aseguraba á la Esmeralda lo contrario, lo hacia porque aunque nada averiguó en punto á esto, no dudaba que el golpe fatal le hubiese llevado al sepulcro, y porque ademas le era muy repugnante el dar á la muger que amaba buenas noticias de su rival; y convengamos en que cualquiera habria hecho otro tanto.

Vivia, pues, gracias á la robustez de su constitucion y al minucioso cuidado del maestro en cuyas manos le pusieron, y vivia sin acordarse de la infeliz Esmeralda, de cuya suerte no se habia informado ni siquiera por curiosidad. Despues de su restablecimiento pasó algunos dias

en el campo, donde fácilmente adquirió su antigua lozanía y aquella estóica indiferencia que no poca parte tuvo en su milagrosa curacion. Continuó frecuentando la casa de su prima Flor de Lis á pesar de tan larga ausencia, sin que la dueña de Alquiroz ni su querida hija hubiesen sabido que era él el capitan herido de la historia de la gitana, ni sospechado tampoco que un hombre á quien tan sano veían pudiese haber recibido un golpe mortal de un ser misterioso que venia del otro mundo. Callaron, pues, unos y otros, logrando el capitan pasar en casa de su tia por el mismo hombre de antaño, un poco disipado y frio á la verdad, pero muy á propósito para labrar la dicha de Flor de Lis, segun las cuentas de su bendita madre, ajustadas sin perder de vista las miras de interés, que aunque figuraban en segundo término, oscureciendo los numerosos defectos del caballero, bien hubieran podido campear en primera línea, sin agravio del aspirante, que estaba muy convenci-

do de las ventajas del tal consorcio.

Hallábase una mañana en el balcon con su prima Flor de Lis, mirando silenciosamente un inmenso tropel de gentes que refluía de todas las calles inmediatas, desembocando en la plaza y llenándola toda, escepto el átrio enlosado de la catedral, que se miraba circuido de alabarderos para que ningun profano osase penetrar en él. Las anchas puertas del templo estaban cerradas, formando singular contraste con las inumerables ventanas de la plaza, todas abiertas y llenas de infinitos espectadores que aguardaban impacientes la escena que iba á tener lugar á las doce en punto.

La lenta campana de la torre anunció la hora indicada, y aun duraba la vibracion del postrero golpe, cuando asomó por una de las calles inmediatas un lúgubre acompañamiento, objeto de la general espectacion. Abrian la marcha diez ginetes con sus lanzas, y detras, entre dos filas de flecheros á pie y esbirros á caballo, venia una jóven con las manos atadas á la

espalda, vestida de blanca túnica y suelta la poblada cabellera. Añudaba su cuello una grosera cuerda de cáñamo, sin impedir que brillasen las verdes cuentas de su collar, del cual pendia un amuleto misterioso. Los circunstantes veían los desnudos pies y parte de la torneada pierna, que ella procuraba ocultar como por un resto de instinto, pudiéndose decir que á pesar de su miseria la era doloroso presentar su desnudez á tantos ojos indiferentes.

El Caballero del Febo reconoció á su querida gitana, y aunque la compasion y algun otro sentimiento mas poderoso le impelian á apartar la vista de un espectáculo tan cruel, la delicada situacion en que por entonces se hallaba junto á su prima y la necesidad de disimular le obligaron á permanecer en su puesto, muy á pesar de los impulsos de su acongojado corazon.

Ya habia atravesado la lúgubre comitiva aquella espesa muchedumbre entre mil gritos de placer y mil actitudes de

curiosidad. La víctima caminaba despacio y acompasadamente: sus miradas eran tétricas y como muertas: su abatimiento parecia el estupor de la desesperacion: brillaba en su párpado una lágrima, pero inmóvil y como helada. Detúvose el acompañamiento en el centro del átrio alineándose todos los satélites en orden de batalla, dejando á la gitana sola y de rodillas á diez pasos delante de ellos. Calló la ansiosa turba, y en medio de este silencio lleno de solemnidad abriéronse como por sí mismas las dos enormes hojas de la inmensa puerta, dejando ver en toda su longitud la profunda iglesia, sombría, vestida de negro y mal alumbrada por algunos cirios que brillaban opacamente en el altar mayor. En el momento de abrirse la puerta sonó hácia el fondo de la nave un canto magestuoso que impuso recogimiento y atencion en todo el concurso. La infeliz permanecia de rodillas, clavando sus bellos y espantados ojos en las entrañas de la vasta iglesia; sus cárdenos labios se movian como por máquina, y

cuando el verdugo se acercó á quitarle las ligaduras de las manos la oyó repetir en voz baja esta palabra: *Febo*. Salió entonces del templo una numerosa procesion de clérigos revestidos con relucientes casullas y dalmáticas y con cirios en las manos, y detras de todos, y como queriendo ocultarse de la muchedumbre, un hombre vestido de negro que halló coyuntura para sitiarse al lado de la inocente gitana. Volvió ella los ojos para mirarle y esclamó: — ¡Él es! ¡es el hombre negro!

Y era en efecto el bárbaro perseguidor de su hermosura.

Pusieron en las manos de la infeliz, sin que ella lo advirtiese, un enorme cirio de cera amarilla, y la hicieron repetir la larga fórmula de abjuracion, dándole con varias pausas suficiente espacio para cobrar aliento.

Terminada la ceremonia acercóse á ella disimuladamente el hombre negro, y con voz que solo ella podia oir á pesar de su indignacion, le dijo: — ¡Aun puedo salvarte!

Miróle la Esmeralda fijamente y respondió: — ¡ Vete, monstruo! ¡huye de mi vista!

— ¡ Febo ha muerto! replicó don Claudio, y levantando la cabeza por casualidad vió en el otro estremo de la plaza al capitan junto á su prima Flor de Lis. Sorprendióle esta aparicion, volvió á mirar, murmuró una maldicion, y todas sus facciones se contrageron con violencia. Cuando la Esmeralda quiso responderle, ya habia desaparecido entre la multitud.

La procesion volvió pausadamente á la iglesia cantando las acostumbradas oraciones. La víctima conservaba inmóvil su primera actitud, aguardando que dispusiesen de su persona, y miraba dolorosamente al cielo, á las nubes, á la iglesia, á los mudos espectadores. De repente, y mientras el verdugo se ocupaba en ligarla las manos, lanzó un grito de alegría viendo en un balcon de la plaza á su amigo, á su señor, á Febo, y recordando que el juez habia mentido, que habia menti-

do el hombre negro, que no podia dudar de que aquel fuese su amante, — ¡Febo, gritó, Febo mio!

Frunció las cejas el capitan, pronunció al parecer algunas palabras que se dirigian á ella, y luego entró repentinamente, eclipsándose detras de la vidriera del balcon, y acompañándole su prima Flor de Lis.

— ¡Febo! gritó la gitana ya fuera de sí: ¿y tú tambien lo crees?

Entonces se ofreció á su pensamiento la horrorosa idea de que la habian condenado á morir por crímen de asesinato en la persona del Caballero del Febo. Todo lo sufrió hasta aquel punto; pero este golpe era demasiado fuerte, y cayó sin movimiento en las duras losas del átrio.

Nadie habia reparado aun que en la cornisa de una columna inmediata á la puerta del templo, y junto á la inanimada estátua de un santo obispo, habia un estraño espectador muy atento á cuanto pasaba, con el cuello tendido, con un

rostro tan diforme, que hubiera podido tomársele por uno de aquellos monstruos de piedra que formaban los abultados canalones de la catedral. Sin que nadie lo echase de ver habia atado fuertemente al pie de la estátua una cuerda llena de nudos, cuyo estremo tocaba en la primera grada de la escalinata. Hecho esto se puso á silbar tranquilamente cuando pasaba algun mirlo por delante de él. De repente, y en el momento en que los dos criados del verdugo levantaban del suelo á la desmayada doncella, vióscle coger la cuerda con los pies, con las rodillas y las manos, deslizarse por la fachada como una gota de lluvia por un vidrio, llegar al suelo, correr hácia los verdugos, echarlos al suelo de dos enormes puñadas, asir con un brazo á la gitana como si fuera una pluma, y de una carrera entrar con ella dentro de la iglesia, levantándola por encima de la cabeza y gritando con formidable voz: — ¡Asilo! ¡sagrado!

Esto pasó con tal rapidez, que á ser

de noche se hubiera visto todo con la luz de un solo relámpago.

— ¡Sagrado! ¡sagrado! repitió la muchedumbre aplaudiendo con síncero placer la arrojada accion del campanero.

Los verdugos, los esbirros, los soldados se quedaron atónitos, pues en el recinto de la catedral era la rea inviolable, y la justicia humana solo llegaba hasta el lindar de aquella puerta.

Cuasimodo se paró á la entrada del templo, teniendo suspendida de sus callosas manos, como un lienzo blanco, á la aturdida gitana, que quiso mirar á su libertador, pero cerró los ojos como espantada de aquella horrenda catadura Cuasimodo la contemplaba con piadosa ternura y los espectadores le aplaudian entusiasmados, pues en aquel momento Cuasimodo tenia una especie de belleza: se sentia augusto y fuerte, miraba orgulloso aquella sociedad que le desterraba, y en que tan poderosamente intervenia, aquella justicia humana cuya presa habia robado, aquella fuerza de verdu-

gos, soldados y satélites que acababa de inutilizar su brazo con el ausilio del Altísimo. Y era á la verdad cosa patética la proteccion de un hombre tan diforme en favor de un ser tan infeliz como una condenada á muerte salvada por Cuasimodo: pudiera decirse que las dos últimas miserias de la naturrleza y de la sociedad se tocaban y se ayudaban mutuamente.

Despues de gozar su triunfo por algunos minutos se hundió dentro de la iglesia con su carga; el pueblo, admirador de toda hazaña, le buscaba con ansiedad bajo la nave sombría, apesadumbrado de que tan pronto se ocultase; pero de repente le vió aparecer en el estremo de una galería de la iglesia con su conquista bajo el brazo, gritando como un insensato: — ¡Sagrado! y la muchedumbre le aplaudió de nuevo. Poco despues apareció en la plataforma superior, y por último en lo alto de la torre, como para mostrar á toda la ciudad la doncella que le debia la vida, y esclamando

con aqnella voz de trueno tan pocas veces oida, y nunca por él: —¡Sagrado! ¡sagrado! ¡sagrado!

—¡Viva! ¡viva! respondió el pueblo lleno de júbilo; y esta inmensa aclamacion iba á admirar á la penitente de San Onofre y á la turba que aguardaba en la plaza de las ejecuciones otro espectáculo mas lastimoso.

Mientras pasaba esta agradable escena en la catedral, don Claudio se habia ido á la plaza para llegar á tiempo de ver ahorcar á la gitana, pálido, desfigurado, mas ciego y mas feroz que una ave nocturna perseguida en claro dia: ni sabia dónde estaba, ni lo que era, ni lo que discurria. De este modo llegó junto á la celdilla de la penitente, la cual, pegando su cadavérico rostro á la reja que la encerraba, le preguntó secretamente:

—¡Buen hombre! ¿á quién ahorcan?

—No lo sé, respondió don Claudio sin quitar los ojos del patíbulo.

— Unos rapaces han dicho ahí que es una gitana.

— Creo que sí. ¿Las aborreceis?

— ¡Sí, las aborrezco! son ladronas de niñas, son hechiceras: devoraron á mi querida Inés, á mi hija única, y devoraron tambien mi corazon. Una anda por esas calles que es la que mas detesto: ¡es jóven, tiene la edad que tendria mi hija si su madre no se la hubiese comido! Cada vez que pasa por delante de la celdilla me trastorna la sangre.

— Pues bien, alegraos, dijo el hombre negro con la frialdad de una estátua sepulcral: esa es la misma que vais á ver morir.

— ¡Yo se lo predije! gritó la penitenta: ¡yo se lo predije! y empezó á pasearse por delante de los barrotes de la ventanilla, desgreñada, con ojos encendidos, tropezando en la pared con las espaldas con el furioso movimiento de una loba enjaulada que tiene hambre y conoce que se acerca la hora de comer.

Don Claudio habia desaparecido. Es-

te breve diálogo levantó en su cabeza tan espantoso tumulto que le era imposible contenerse ni dominarse. Andava, corria, tomaba esta calle, la otra, sin escoger ni discernir, impulsado del horror de la horca y de sus encontrados afectos. Al fin salió de la ciudad, recorrió un terreno muy vasto, y cuando al trasponer una colina perdió de vista la aborrecida poblacion, creyóse á cien leguas de ella, detúvose y respiró.

Entonces se encontraron en su espíritu mil ideas confusas: penetró en el fondo de su alma, y no pudo menos de estremecerse, acordándose de aquella desgraciada niña á quien sacrificara inútilmente: luego se presentó á su memoria la imágen de Febo, alegre, gozando las caricias de otro amante, y reflexionó que de todos los seres cuya muerte habia querido, la gitana, la única criatura á quien no aborrecia era tambien la única que no habia podido librarse de su furor.

Su pensamiento pasó desde el capitan al pueblo, y empezó á atormentarse con

unos zelos de especie inaudita. Acordóse de que tambien el pueblo, el pueblo entero habia visto casi desnuda á la mugER que él adoraba, y lloró de rabia figurándose cuántas miradas impuras se habian cebado en aquella jóven hermosa, en aquel lirio virginal, en aquella imágen del pudor y la delicia, manchada ya por el mas vil populacho de Sevilla con deseos imundos de inmoderado placer. Y cuando procuraba formarse idea de la felicidad que hubiera podido hallar en la tierra á no haber existido Febo y á lograr el amor de su víctima, cuando imaginaba que tambien pudo él haber alcanzado una existencia serena y venturosa, deshacíase su corazon en ternura y desconsuelo. Pero de nada se arrepentia, y estaba dispuesto á hacer otra vez cuanto habia hecho, queriendo mas verla en manos del verdugo que en los brazos del capitan, y sufria, y se desesperaba, y se arrancaba puñados de cabellos para ver si iban encaneciendo ya.

En otro momento se representó en su

fantasía la Esmeralda como la viera la primera vez, viva, alegre, graciosamente vestida, danzando, alada, armoniosa; y la Esmeralda pálida, con los pies desnudos, con la soga al cuello, y subiendo la fúnebre escalera del suplicio; y estos dos cuadros tan opuestos chocaron con tal violencia en su desordenado pensamiento que no pudo menos de lanzar un grito aterrador.

Mientras que este huracan de la desesperacion iba arrancando á pedazos sus entrañas miró la risueña naturaleza que le rodeaba: las rojizas nubes, el silencio de los prados levemente interrumpido por algun arroyo bienhechor, las azuladas montañas, el sesgo curso del plateado rio; toda esta vida activa, organizada y tranquila, reproducida en torno bajo mil halagüeñas formas, acabó de trastornarle y echó á huir de nuevo.

Al declinar el sol examinó su estado, y halló que habia enloquecido: la tempestad que duraba en él desde el momento en que perdió la esperanza y la volun-

tad de salvar á la gitana nò habia dejado en su conciencia una idea sana, ni un solo pensamiento en pie: solo afectaban su espíritu dos imágenes claras, la Esmeralda y la horca: todo lo demas estaba negro: estas dos imágenes reunidas le presentaban un grupo espantoso, y cuanto mas fijaba en ellas los restos de su atencion y discernimiento, mas crecidas las veía en progresion fantástica, una en gracias, belleza y encanto, y la otra en fealdad y horror, de modo que por último vió á la gitana como una estrella, y el patíbulo como un enorme brazo descarnado.

Pero durante esta insufrible tortura no le ocurrió la idea de morir: acaso conocia que iba á devorarle el infierno.

Ya anochecía, cuando se detuvo y advirtió que era preciso volver atras; mas aunque se creía lejos de Sevilla, realmente no habia hecho mas que dar media vuelta por aquellos al rededores: iba á emprender su camino, cuando reflexionó que podian conocerle; detúvose, pues,

aguardando á que fuese mas tarde, y entonces se metió por callejuelas desusadas: las gentes que encontraba le parecian otros tantos espectros; el menor ruido le sobresaltaba; la risas que oía procedian para él de los infiernos: todo se amoldaba á la disforme llaga que traía en el corazon.

Al cabo llegó al átrio de la iglesia, pero no osó levantar los ojos al inmenso edificio. ¡Oh! decia en voz baja: ¿es posible que ha pasado aqui hoy, esta mañana, una cosa tan horrible! Con todo, se atrevió á mirar la iglesia, cuya fachada estaba enteramente negra. Hallábase cerrada una de las dos puertecillas laterales que daban entrada á lo interior del claustro; pero como siempre llevaba consigo la llave de la torre donde tenia su laboratorio, se sirvió de ella para penetrar en el templo. Inmensa oscuridad reinaba en él, y al pálido esplendor de la luna, reflejado melancólicamente en los matizados vidrios de las ventanas mas altas, reconoció que aun

no se habian quitado los fúnebres paños de la ceremonia: retratóle en ellos su enferma imaginacion todas las visiones y espectros del anterior delirio, y echó á correr al través de la magestuosa iglesia. Entonces le pareció que tambien el edificio se desquiciaba, se animaba y vivia; que cada gruesa columna se convertia en una enorme pata que heria el suelo con el ancho casco de piedra, y que la gigantesca catedral no era mas que un prodigioso elefante caminando con sus pilastras por pies, su torre por trompa y el inmenso paño negro por caparazon.

Al cabo descubrió una luz lejana y corrió hácia ella, sintiendo un alivio momentáneo. Era una mezquina lámpara que servia para encender las demas; pero no tardó en sentirse nuevamente agoviado del peso de su dolor, flaqueáronle las rodillas y cayó en el pavimento, acordándose de que la Esmeralda habia muerto en aquel mismo dia, idea que ya no le fue dado soportar. Permaneció al-

gunas horas en aquella postura abismado y pasivo bajo la mano del demonio. Por último, recobró algunas fuerzas y trató de ir á refugiarse en la torre junto á su fiel Cuasimodo; levantóse, y como tenia miedo, tomó para alumbrarse la fúnebre lámpara; subió lentamente la escalera de la torre, y sintiendo repentinamente en el rostro la frescura del aire, reparó que se hallaba bajo la puerta de la galería mas alta. Bajó la vista contemplando por un momento la silenciosa multitud de las techumbres de Sevilla comparables á las ondas del mar tranquilo en una noche de verano.

En este momento señaló la campana la media noche, que le recordó al instante el medio dia. Una fuerte ráfaga de viento le apagó la luz, y casi en el mismo punto vió aparecer hácia el ángulo opuesto de la iglesia una sombra, una blancura, una muger. Estremecióse: al lado de esta muger iba una cabrita que mezclaba su balido con la postrera vibracion de la campana.

Tuvo aliento para mirar, y era ella. Pálida, sombría, melancólica, caíanle los cabellos sobre los hombros como por la mañana; pero no traía soga en el cuello, ni las manos atadas: estaba libre, estaba muerta: llevaba un vestido blanco y un velo blanco en la cabeza: venia hácia él lentamente y mirando al cielo. Él se creyó de piedra é incapaz de huir, pero á cada paso que ella daba retrocedia él otro, y solo aqui alcanzaba su esfuerzo: al cabo llegó á la oscura bóveda de la escalera, horrorizándole la idea de que ella podria entrar tambien: si lo hubiese hecho se habria caido muerto de terror.

Llegó en efecto delante de la puerta de la escalera, detúvose algunos instantes, miró fijamente entre las tinieblas, pero sin descubrir á don Claudio, y desapareció. Creyóla el malvado mas alta que cuando vivia: vió la luna al través de su cándida vestidura, y se figuró escuchar su aliento. Cuando la hubo perdido de vista empezó á bajar los escalo-

nes con la misma lentitud del espectro, lleno de espanto, con los cabellos herizados y sin soltar de la mano la lámpara apagada.



CAPITULO VI.

El criminal que lograba acogerse á un sagrado era inviolable, pero debia guardarse de salir de él sino queria caer infaliblemente en manos de la justicia, que vigilaba de cerca para sorprenderle al menor descuido. Inspiraban estos asilos profundo respeto al pueblo, y mas cuando los veía en iglesias tan veneradas como la catedral de Sevilla. Sin embargo, no siempre bastaba este refugio, pues era suficiente un mandato especial del rey para entregar al delincuente, cuando la razon de estado ó alguna causa estraordinaria exigian el estremo rigor, bien que en honor de la verdad esto sucedia pocas veces. Las iglesias tenian generalmente una habitacioncilla destinada para recoger á los refugiados, y esta era en la catedral una celdilla que correspondia exactamente encima del im-

penetrable laboratorio de don Claudio, y cerca de la plataforma en que estaban colocadas las campanas.

Allí dejó Cuasimodo á la Esmeralda despues de su desenfrenada y triunfal carrera. Mientras esta duró no pudo la infeliz recobrar el sentido: conocia, sí, como entre sueños, que la subian por los aires, que la llevaban volando y que la habian arrancado de la superficie de la tierra. Oía tambien de cuando en cuando la espantosa carcajada de Cuasimodo y sus penetrantes alaridos; pero al levantar los ojos hácia su regocijada y deforme fisonomía no podia menos de cerrarlos, creyendo que todo habia concluido, que la habian ajusticiado durante su desmayo, y que el poderoso espíritu regulador de su destino se apoderaba de ella y la arrastraba consigo.

Mas cuando el campanero rendido y desgreñado la hubo puesto en el suelo de la celdilla hospitalaria, cuando sintió que sus enormes manos iban desatando suavemente la cuerda que le segaba los bra-

zos, esperimentó aquella especie de sacudida que dispierta de repente á los pasageros cuando su navío toca en un bajo por la noche. Vió que se hallaba en la catedral; acordóse de haber sido arrancada de las garras del verdugo, de que Febo vivia, de que ya no la amaba, y al presentarse unidas estas dos ideas en su memoria se volvió á Cuasimodo, que permanecia de pie delante de ella, y le dijo: — ¿Por qué me habeis salvado?

Miróla el jorobado con viva ansiedad, procurando adivinar lo que le decia: repitió ella su pregunta, y él la echó una triste ojeada y desapareció, volviendo poco despues con un lio que echó á sus pies y contenia un vestido, don de unas mugeres caritativas hallado en la puerta de la iglesia. Bajó entonces los ojos la Esmeralda, advirtió el poco decente trage que la cubria, y se encendieron instantáneamente sus mejillas.

Cuasimodo echó de ver aquel natural movimiento del pudor, muestra del recobro de la vida, y volvió las espaldas,

alejándose con lentitud. Vistióse ella una saya blanca con velo tambien blanco; pero no bien habia concluido, cuando se presentó otra vez Cuasimodo con una cesta bajo un brazo y un colchon en el otro: dejólos en el suelo y dijo: —Tomad, y dormid. Era aquella su misma cena, aquel su propio lecho.

Quiso la gitana darle gracias, pero al contemplar la horrible catadura de su bienhechor bajó la cabeza con un estremecimiento de terror.

Entonces él la dijo: —Yo os asusto: soy muy feo, ¿no es verdad? no me mireis, basta que podais escucharme. De dia estaos aqui; de noche os pasareis por toda la iglesia si asi os place; pero no salgais de ella ni de noche ni de dia, que si tal hicieseis erais perdida: os matarian, y yo moriria de dolor.

Dicho esto desapareció. En el momento en que mas angustiosa le parecia la idea de su soledad, sintió una cabeza veliuda y barbada, que se restregaba en sus manos: era la pobre Jaliz que ha-

bia echado á correr tras ella en el momento de salvarla Cuasimodo de las garras de los verdugos. La gitana la cubrió de besos, diciéndola: — ¡Oh Jaliz! ¡cómo te he olvidado! ¡tú no eres ingrata! ¡tú te acuerdas de mí! Y al mismo tiempo, como si una mano invisible hubiera levantado el peso que comprimia su llanto en el corazon, empezó á llorar, y á medida que iban cayendo las lágrimas sentia desaparecer con ellas lo mas acre y amargo del dolor.

Halló la noche tan hermosa, tan suave la luna, que se aventuró á recorrer la galería, esperimentando con la impresion del aire nuevo consuelo y un principio de tranquilidad.

Es inútil decir que el contrahecho Cuasimodo no perdia ocasion de presentarse en la celdilla para gozar la imponderable delicia de contemplar aquel ser desventurado que le debia la existencia y el mas tierno afecto; pero la Esmeralda no podia acostumbrarse á la repugnante figura de su libertador, ni tener

los ojos abiertos en su presencia. Un dia, por fin, en que haciendo un esfuerzo para vencer su repugnancia le dirigió la palabra, observó admirada que no le respondia.

— Soy sordo, dijo el infeliz.

— ¡Pobre hombre! esclamó la gitana, echándole una mirada de tierna compasion.

— Direis, y con razon, que solo faltaba esta desgracia para completar la miseria de mi figura. ¡Soy sordo! y nunca he conocido el estremo de mi fealdad como ahora: yo me comparo con vos, y me pareceis un rayo del sol, una gota del rocío, el canto de un ave, mientras que yo no me tengo ni por hombre, ni por animal, sino por otra cosa tan dura, tan despreciable como un guijarro que todos pisotean. Soy sordo, pero podeis hablarme por señas y manifestarme vuestra voluntad con el movimiento de los labios y de los ojos.

— Pues bien, repuso la Esmeralda sonriéndose, ¿por qué me salvásteis de la muerte?

— Me parece, respondió Cuasimodo despues de mirarla con particular atencion mientras hablaba, que me preguntais por qué os he salvado. Ya olvidásteis á un miserable que intentó robaros una noche, á un miserable á quien á la mañana siguiente socorrísteis bondadosamente con un sorbo de agua en la plaza pública. Un sorbo de agua, y un poco de compasion: esto es lo que no puedo pagar ni aun con la vida. Habeis olvidado á este miserable, y él se ha acordado de vos. Escuchadme: aqui hay una torre tan alta que si cayera de ella un hombre moriría antes de llegar al suelo: cuando os plazca que yo me tire de ella, no teneis mas que decir una palabra, y aun bastará una ojeada.

Dicho esto se dispuso á salir, pero la Esmeralda le hizo seña de que se quedara, pues aquel hombre no podia menos de escitar su compasion, por muy desgraciada que ella misma fuese.

— No, no, repuso el campanero, no puedo permanecer aqui mas tiempo, por-

que solo me mirais de lástima. Vóime á otra parte, desde donde os veré sin ser visto, y esto nos aliviará á los dos. Tomad, añadió poniendo en sus manos un pito de metal, cuando me necesiteis, cuando querais que venga, cuando no os dé tanto horror el verme, silbad con esto y acudiré, pues percibo el sonido.

Dejó el pito en el suelo y salió de la celdilla.

Entre tanto la voz pública habia instruido al hombre negro de la milagrosa salvacion de la gitana: cuando llegó á su noticia este suceso no supo lo que le pasaba, por hallarse ya familiarizado con la idea de aquella muerte, y tranquilo por haber tocado ya el fondo del dolor posible, pues el corazon humano no puede sostener sino cierta cantidad de desesperacion. Muerta la Esmeralda, todo era indiferente para aquella alma feroz; mientras el saber que vivia, y tambien Febo, renovaba sus tormentos, sus sacudidas, sus alternativas. Encerróse en su laboratorio por muchas semanas, sin ver ni

oir á alma viviente, ni aun á su hermano Lucas, que fue mil veces á llamar á aquella puerta terrible que no se abría para él. ¿Qué hacia don Claudio tan encerrado; ¿qué pensamientos le atormentaban? ¿combinaba nuevo plan de muerte para ella, y de perdicion para sí mismo? Acordábase de Cuasimodo, el libertador de la gitana, y avergonzábase de sentir zelos de un ser tan despreciable. Las noches que pasaba eran terribles: al saber que la Esmeralda vivia, desaparecieron las fúnebres imágenes de espectro y tumba que le habian perseguido un dia entero, y se sintió nuevamente dominado por su inextinguible pasion, y por las infames ideas que le llevaban á satisfacer su brutal apetito. Una noche no pudo resistir mas: levantóse abrasado, púsose la túnica que era su usual vestimenta, tomó una luz y empezó á subir la escalera que guiaba al refugio de los delincuentes.

La Esmeralda se habia dormido en su celdilla, llena de esperanza y de dulces

pensamientos, y soñaba como siempre con la imágen de su Febo, unida á la de una lisonjera felicidad, cuando oyó á su lado algun ruido, abrió los ojos, y aunque la noche era muy oscura vió á la puerta una figura que la miraba, alumbrándose con una lámpara, y que la lámpara se apagaba instantáneamente. Sin embargo, tuvo tiempo de entrever aquella aparicion, y cerrando los ojos esclamó llena de terror: — ¡Oh Dios mio! ¡es el hombre negro!

Todas las pasadas desgracias volvieron como por encanto á su imaginacion, y cayó helada sobre la cama.

Poco despues sintió que la asían con dos manos: quiso gritar y no pudo: — ¡Vete, monstruo! ¡vete, asesino! dijo con voz trémula y baja, fuera de sí, y llena de terror.

— ¡Perdon! ¡perdon! murmuró el hombre misterioso sin soltar la presa; pero ella cogió con ambas manos su calva cabeza, é hizo un esfuerzo para apartarle como si hubiese sido un perro rabioso.

—¡Perdon! repetia don Claudio: ¡si tú supieses qué amor es el mio! es fuego, es plomo derretido, mil puñales dentro del pecho...

—¡Suelta, esclamó ella, suelta, ó te escupo en el rostro!

—¡Enviléceme, respondió dejándola libre, hiéreme, haz de mí cuanto quieras! pero no mas desden, no mas desprecio.

—¡Vete, demonio! dijo la gitana hiriéndole lo mas fuerte que pudo en la cabeza.

—¡Ten compasion de mí! gritaba el Leviatan revolcándose en el suelo, y correspondiendo con caricias á sus golpes; pero levantándose de repente empezó nueva lucha y desigual, rechinando los dientes y procurando vencer la fortaleza de la víctima: al fin logró subyugarla, rendirla, y mientras la sonrisa del triunfo iba á asomar á sus labios, la mano de la Esmeralda tropezó en el suelo con una cosa fria y metálica, con el pito que alli habia dejado Cuasimodo. Cogióle con una

convulsion de esperanza, lo llevó á los labios, y sopló en él con todo el aliento que le quedaba. El pito produjo un sonido claro, agudo y penetrante.

— ¿Qué es esto? dijo el hombre negro, al mismo tiempo que se sentia arrastrado por un brazo vigoroso. Como la celdilla estaba oscura no pudo distinguir al agresor, pero oyó rechinar unos dientes, y á la escasa luz que suministraban las estrellas veía brillar en las sombras una ancha hoja de cuchillo. Al cabo creyó reconocer la figura de Cuasimodo, y en efecto no podia ser otro el que alli estaba: acordóse de que al entrar habia tropezado con un bulto tendido en el lindar de la puerta por la parte esterior; mas como aquel personage no proferia una palabra, no sabia qué pensar. Arrojóse al brazo que levantaba el fiero puñal, y gritó: — ¡Cuasimodo! olvidando en aquel momento de afliccion que Cuasimodo era sordo.

En un instante se vió en el suelo y sintió apoyarse en su pecho una rodilla

de plomo, cuya angulosa impresion le hizo reconocer al campanero: ¿pero qué hacer? ¿cómo lograr que éste le reconociese, si la noche hacia ciego al sordo? Estaba, pues, perdido sin remedio, y la jóven, irritada como una tigre, no intervenia para salvarle: acercábase el cuchillo á su cabeza; era crítico el momento; pero su adversario titubeó y dijo con opaca voz: — No derramemos sangre en su presencia.

El que hablaba era Cuasimodo, como don Claudio habia sospechado: entonces sintió la dura mano que le arrastraba por un pie fuera de la celdilla, y le llevaba irremisiblemente á la muerte. La luna en tanto se presentó por su dicha en el horizonte, y cuando salian por la puerta, su débil rayo hirió en la cara del Leviatan: miróle Cuasimodo fijamente, empezó á temblar, soltó á su maestro y retrocedió. La gitana, que se habia ido acercando hasta el quicio de la puerta, vió sorprendida este súbito trueque de papeles, pues don Claudio era quien

amenazaba y Cuasimodo el humillado, á quien el hombre negro hacia gestos de cólera y reconvencion mandándole que se retirase. Bajó el sordo la cabeza, y luego fue á ponerse de rodillas delante de la puerta diciendo con voz grave y resignada: — Haced, señor, lo que querais; pero matadme primero. Y presentaba el cuchillo á don Claudio: iba éste á apoderarse de él con un movimiento de furor, mas la gitana anduvo mas ligera y arrancó el arma de la mano de Cuasimodo, soltando una horrible carcajada y esclamando: — ¡Acércate ahora!

El hombre negro vió brillar sobre su cabeza la hoja y se quedó indeciso, pues le hubiera herido sin compasion. — ¡No te atreverás á acercarte, traidor! gritó de nuevo, añadiendo con una espresion desapiadada al conocer que iba á clavar mil puntas aceradas en el corazon de su perseguidor: — ¡Ah! ¡yo sé que Febo no ha muerto!

Don Claudio derribó en el suelo á Cuasimodo y se metió furioso bajo la bó-

veda de la escalera: cuando el campanero vió que ya se habia salido, cogió el pito que acababa de salvar á la gitana, y dijo poniéndolo en sus manos: — ¡Ya se enmohecia!

Esta escena violenta trastornó de tal modo á la Esmeralda, que no pudo menos de caer en su lecho, abatida y bañada en llanto. Conocia la infeliz que su horizonte se iba cubriendo otra vez de siniestras nubes.

Don Claudio habia vuelto á tientas á su celdilla, zeloso del deforme campanero, y al llegar repitió pensativo su dicho fatal: — ¡Nadie la poseerá!



CAPITULO VII.

Convencido Pedro Nebrija por el sesgo que iban tomando los negocios de que habria horca y otros disgustos de igual cuantía para los principales personages de esta peregrina historia, tomó la prudente resolucion de no mezclarse en cosa alguna y correr la suerte de sus amigos los hampones, que no cesaban de interesarse eficazmente en favor de la perseguida gitana. Sabia que su esposa se habia refugiado en la catedral, de lo que se alegraba con toda su alma; mas no por esto formó intencion de verla, temiendo envolverse en las sutiles redes que la aprisionaban, y solia contentarse con dirigir algun estéril recuerdo á su amiga la cabrita.

Paseábase cierto dia por la orilla del Guadalquivir atando los cabos de un plan dramático, para rellenarlo despues de ver-

sos tan soporíficos como los de la desventurada farsa, cuando al dar una media vuelta se encontró de manos á boca con su antigno maestro don Claudio de Molendino. Era éste uno de aquellos hombres solemnes y apasionados, cuyo súbito encuentro trastorna siempre no un miserable plan dramático, como era sin duda el de Nebrija, sino tambien el equilibrio de un filosófo escéptico. Quedóse nuestro vate como quien ve visiones, pues hacia mucho tiempo que no tenia la honra de hablar á semejante personage, y le hallaba ahora muy otro, muy pálido, muy cano, muy cadavérico. Despues de un silencio de sorpresa y cortedad por una parte, y de melancolía por la otra, alzó la voz don Claudio diciendo con su tono sereno pero glacial:—¿Cómo os va, Pedro Nebrija?

—No puedo quejarme: no tengo riquezas, pero tampoco pesadumbres.

—¿Y en qué os ocupais ahora?

—Ya podéis conocerlo. Estoy acabando el plan de una obra, que si no me

engaña el amor propio, volará á la posteridad en alas...

—¿Y eso os divierte? interrumpió el maestro con aquella sonrisa amarga que solo levanta uno de los estremos de la boca.

—¿Hay por ventura arrobamiento mas sublime que el de un ingenio creador, cuando remontando el vuelo de la fantasía acalorada...

—¿Y nada deseais?

—Nada absolutamente.

—¿Y nada habeis perdido?

—¿Yo? no por cierto. ¡Ah! sí: el justo y prometido precio de mi farsa.

—¿Y cómo no mentais tambien la danzarina de la cabra?

—¿Quién? ¿la Esmeralda?

—Sí por cierto: ¿no era vuestra muger?

—En eso hay mucho que hablar: ya os acordareis de que todo el matrimonio no pasaba de una tinaja rota.

—Pero no debísteis olvidar que le sois deudor de la vida.

—¡Oh, bien presente lo tengo! Ahora, gracias á Dios, está segura, y no necesita de mí para nada de este mundo.

—¡Segura! ¿Ignorais, Nebrija, que dentro de tres dias volverá á caer en manos de la justicia, á virtud de un mandamiento real, y que la aguarda el último suplicio?

—¿Y quién diablos se entretiene en perseguirla tan encarnizadamente? preguntó Nebrija con algun interés.

—Tambien en el mundo hay Satanases, respondió don Claudio con su aparente frialdad.

—Todo eso está bueno; ¿pero qué puedo yo hacer que la saque del ahogo?

—¿No os libró de la muerte?

—Asi es la verdad, y Dios se lo pague.

—Salvadla, pues.

—No sé cómo.

—Un medio hay; arriesgado, á la verdad, pero acaso el único. La catedral está guardada dia y noche, y solo dejan salir de ella á los que vieron entrar: en-

trais vos, yo os introduciré en su celdilla, trocais con ella los vestidos, sale ella libre con los vuestros, y quedais vos prisionero con los suyos.

—Hasta ahora no va mal : ¿y luego?

— Os ahorcarán tal vez ; pero le pagareis vida con vida. ¿Vaya, qué decís de este medio?

— Digo, respondió Nebrija rascándose la oreja, que me ahorcarán infaliblemente.

— ¿Y qué importa?

— ¡Poco á poco! ¿asi se dejan ahorcar los hombres?

— Nebrija, yo os lo mando. Aqui hablaba don Claudio con tal imperio que el poeta no veía modo de replicar.

—Venid acá, alma cándida, dijo por fin adoptando aquel tono meloso del que quiere convencer cuando las razones andan escasas; ¿cómo podeis consentir que un literato se deje ahorcar por una gitana? ¿No conoceis que este sería el absurdo mas solemne y la mas inaudita necedad? Venid acá, repito, y oid la lumi-

nosa inspiracion de mi ingenio. Sí: no hay duda, añadió tocándose la nariz con el índice en ademan de discurrir: ellos son unos bribones; pero cuando se trata... Nada mas facil... todos la quieren... un golpe de mano... á favor del desórden... mañana por la noche...

—¡Habla por todo el infierno! gritóle el Leviatan, sin poder resistir mas aquella nube de medias palabras.

—¡Admirable idea! ¡triunfo seguro! esclamaba el poeta conociendo que en aquel momento habia logrado cierta superioridad sobre su maestro.

—¿Cuál es? ¿qué medio? responde.

—Aqui pueden oirnos: todo os lo diré... pero ya se me olvidaba: ¿está con ella la cabra?

—Sí está; pero díme por piedad ese medio de salvarla.

—¡Medio infalible! oid.

Acercóse Pedro Nebrija al oido de don Claudio y le habló en voz muy baja, mirando á todas partes, como rece-

loso de que le descubriesen. Cuando acabó su relacion, don Claudio le tomó la mano y le dijo friamente:

— Bien pensado: hasta mañana.

Al entrar don Claudio en su laboratorio hallóse á la puerta á nuestro estudiante Lucas de Molendino, muy entretenido, para matar el tiempo, en dibujar en la pared con un carbon el perfil de la cara de su hermano, enriquecido con unas narices desmesuradas. Apenas miró don Claudio aquel rostro, cuya espresion alegre y descocada habia serenado tantas veces su fúnebre fisonomía, y ahora incapaz de hacer mella en una alma corrompida y llena de cuidados,

-- Hermano, díjole Lucas con timidez, vengo á verte.

-- ¿Y qué mas? replicó don Claudio sin mirarle siquiera.

--Hermano, repuso el hipócrita, eres tan indulgente conmigo, y me das tan buenos consejos...

-- ¿Y luego?

-- ¡Ay, hermano, qué consejos tan

sublimes! pero yo soy un bribon, y los desprecio, y...

-- ¿Y despues?

-- Soy un criminal, un libertino, un miserable, un hombre sin ley. ¡Ah, bien me castiga Dios! Esto es hecho, quiero mudar de vida: concluyeron las tabernas, los camaradas, las...

-- ¿Y qué tenemos?

-- Quiero volver á los libros, quiero volver á la ciencia, quiero volver á la honradez. Pero no tengo libros, ni tengo tinta, ni tengo papel, ni tengo plumas... y es menester comprar todas estas cosas, y para comprarlas se necesita dinero.

-- ¿Hay mas que decir?

-- Nada mas: que me hace falta dinero.

-- Pues yo no lo tengo.

-- Véome, pues, en la precision de manifestarte, y sabe Dios si me pesa, que por otro lado se me hacen proposiciones ventajosísimas. Tú no quieres darme dinero. ¿No? En este caso voy á hacerme hampon.

Don Claudio respondió friamente:
—Hazte hampon.

Lucas le saludó con mucha humildad, y bajó silbando la escalera del claustro. En el momento de cruzar el patio oyó abrir la ventana del laboratorio, levantó la cabeza y vió á su hermano que le decia: —¡Vete al diablo! toma: este es el último dinero que recibes de mi mano.

Y le arrojó una bolsa, que el estudiante levantó del suelo sin abandonar los silbidos ni dar las gracias á su bienhechor.

Lucas de Molendino habia ya tocado en el estremo del libertinage y la disolucion; pero como Sevilla estaba en aquella época muy guardada por la natural suspicacia de don Pedro el Cruel, no era ya cómodo teatro para las maldades que continuamente meditaba y á que le inducia el continuo trato de espadachines, ladrones y mugercillas. Frecuentes reyertas con los dependientes de justicia, persecuciones de padres burlados y de usureros complacientes le habian puesto en

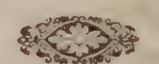
la necesidad de acogerse al barrio del hampa, donde á favor de la impunidad que alli lograba el vicio daba rienda suelta á sus diabólicas inclinaciones y vivia en el desenfreno mas descarado. Don Claudio nada sabia, porque ocupado enteramente de su funesta pasion, todo lo demas era para él como si no existiera; y bien puede figurarse el lector que al consentir en que su hermano se metiese en aquella inmunda zahurda del crímen y la miseria solo habia intentado que se penetrase de su severidad, sin figurarse ni remotamente que tomaria su consejo al pie de la letra, y aun le dió aquel dinero para desmentir en cierto modo la rigidez de sus palabras. Sin embargo, nuestro Lucas estaba ya recibido hampon y metido en todos los desórdenes que apadrinaba el inmundo barrio.

Llegó, pues, á él despues de la breve entrevista referida y halló la plaza, donde poco tiempo antes se trató de ahorcar á Pedro Nebrija, convertida en un inmenso arsenal, donde cada bribon iba

eligiendo el arma que mas se acomodaba á su valor, tomándola de un monton informe que en medio de ella habia. Veíanse alli armaduras completas, cascos sueltos, corazas remendadas, flechas, alabardas, espadas enmohecidas, partesanas, picas, y hasta otros mil instrumentos que sin haber servido nunca para la guerra, podian en caso de apuro armar á un hombre razonablemente. Todos gritaban, todos escogian, todos se sentian inflamados de belicoso ardor, anhelando que llegase la noche siguiente para dar felice remate al asalto de la gótica catedral y á la libertad de la Esmeralda. Y no se diga que fuese disparatado este proyecto, porque si bien el carácter receloso de don Pedro tenia siempre en acecho á sus soldados, no era facil reunirlos todos repentinamente para contrarestar á una turba insolente, numerosa y decidida como la que podia juntarse en el barrio de los hampones. Estos ademas confiaban mucho en el valor de sus caudillos, y no poco en la especie de impunidad que se

les consentia, con tal que no tomasen parte alguna en las revueltas políticas de aquel reinado.

Pedro Nebrija era el autor del armamento tumultuoso, y no hay necesidad de decir si Lucas de Molendino tomaria parte en la algazara, cuando nuestros lectores le han conocido ya como burlon incansable, espadachin desvergonzado y capaz de las mas árduas empresas: probóse, pues, una armadura completa que nadie habia querido por su pesadez, y aguardó con los demas á que pasasen las veinte y cuatro horas mortales que faltaban para el momento del asalto. Ni se acordaba de su hermano, ni de la iglesia, sino del placer de una batalla y de vengarse de Cuasimodo, á quien no podia ver por la predileccion con que don Claudio le distinguia.



CAPITULO VIII.

LLEGÓ la noche fatal. Cuasimodo, que no dormia, acabó su ronda y aseguró interiormente todos los barrones y cerrojos de la puerta principal del templo, subiendo despues á dar las buenas noches á sus amigas las campanas. Dejó en un poyo su linterna sorda bien cerrada, y púsose á contemplar el nebuloso horizonte, sintiendo interiormente una inquietud inesplicable, pues se acordaba de haber visto en aquel dia y el anterior algunos hombres de muy mala traza que anduvieron dando vueltas al rededor del edificio sin quitar los ojos de la celdilla donde estaba la Esmeralda: no es estraño tampoco que temiese algun complot contra la pobre refugiada, porque se figuraba que la tendrian aquel ódio irreprimible que él mismo sufrió en los primeros años de su vida. Cuando mas se perdia en

congeturas, vió confusamente en la calle que daba frente á la puerta de la catedral un movimiento lúgubre como de mucha gente que venia caminando, y á poco rato, sin embargo de la oscuridad, observó una columna formal que desembocaba en la plazuela, llenándola instantáneamente de un inmenso tropel. Ya no dudó de que sería alguna tentativa contra la gitana; pero ¿qué hacer? sacarla de alli era imposible, pues estaba cercado el edificio por delante y los costados, y por detras no habia mas que una escusada puertecilla, cuya llave no estaba en su poder. Solo quedaba el partido de morir defendiendo la entrada, de resistir hasta que llegase algun socorro, y no turbar el sueño de la Esmeralda. Adoptada ésta resolucion, se puso á examinar al enemigo con mas tranquilidad.

Apareció de repente una luz en medio de la plaza, y en un instante se pasearon por encima de las cabezas siete ú ocho antorchas encendidas: vió entonces Cuasimodo amontonada en el atrio una

espantosa turba de hombres y mugeres llenos de andrajos y armados de picas, lanzas, espadas y otros instrumentos, cuyas puntas brillaban con siniestro resplandor. Un hombre que al parecer hacia de gefe daba mil disposiciones desde un sitio alto, y la canalla obedecia puntualmente. Cuasimodo tomó entonces su linterna y bajó desde la torre á la plataforma que caía encima de la puerta para atisvar mejor los movimimientos de los sitiadores; pero ni aun alli pudo oir el reto que Tomás Cortante dirigió á los habitadores de la catedral, reducido á que entregasen libre y salva á la gitana si no querian ser víctimas de su venganza y testigos del saqueo que habia ofrecido á sus soldados. Dicho esto volvió los ojos á su ejército, y despues de un momento de pausa esclamó: — ¡Adelante, hijos mios, á la puerta!

Salieron de las filas treinta hombres robustos con martillos, tenazas y barras de hierro, se dirigieron á la puerta principal de la iglesia, y empezaron á traba-

jar para derribarla. Entonces se acercó á ellos una nube de hampones á prestarles auxilio ó mirarlos, de modo que todas las grad.. estaban cubiertas de gente. La puerta resistia el vigoroso ataque, desanimábanse ya los operarios, cuando Tomás Cortante levantó de nuevo su atronadora voz diciendo: — ¡Animo, camaradas! ya salta la cerradura: ¡pronto sereis dueños de la muchacha y de las inmensas riquezas que aqui se guardan!

Interrumpió su discurso un espantoso fracaso que resonó en este instante á sus espaldas. Acababa de caer del cielo una enorme viga aplastando á una docena de hampones en las gradas de la iglesia, y saltando en el pavimento con el estruendo de un tiro de cañon, sin cansarse de quebrar piernas y brazos. En un abrir y cerrar de ojos quedó vacío todo el atrio y llenos de terror los sitiadores, mas que si hubiesen visto veinte mil ballesteros del rey: todos miraban á la fachada y nada podian distinguir en ella; solo se veía el pesado madero en medio

del atrio, y nada se oía sino los lamentos de los miserables moribundos.

—¡Los canónigos se defienden! gritó Tomás pasado el primer instante de asombro: ¡á saco! ¡á saco!

—¡A saco! repitió la turba con furioso alarido haciendo contra la fachada una descarga de ballestas.

Esta detonacion dispertó á los pacíficos habitantes de las casas circunvecinas: abriéronse varias ventanas, y aparecieron en ellas muchas cabezas con gorros y manos con luces.—¡Tirad á las ventanas! gritó Cortante: y las ventanas volvieron á cerrarse en un momento.

—¡Volved á la puerta! ¡forzadla! repitió el caudillo; pero viendo que nadie se acercaba, esclamó furioso:—¡Voto á Dios, que sois unos mándrias! ¿temeis á ese madero que está en el suelo?

—Capitan, repuso uno de aquellos desalmados, no nos impone temor la viga, sino la misma puerta, que está cosida de barras de hierro.

—¿Qué necesitais, pues, con dos mil

de á caballo? preguntó Tomás con aspereza.

— ¡Ah! ¡si tuviésemos un ariete!

— Aqui hay uno, gritó Tomás corriendo hácia el madero y poniendo su pie encima de él. Los canónigos mismos os le envian.

Estas palabras rompieron el encanto de la viga y dispertaron el abatido valor de los hampones: levantáronla en alto doscientos hombres, y la arrojaron con furia contra la maciza puerta que en vano intentaron antes derribar: al ver con la escasa luz de las antorchas aquel enorme madero llevado por una turba de hombres que se precipitaban corriendo hácia la iglesia, hubiérasele tenido por una monstruosa bestia de cien pies que atacaba con la cabeza baja el gigantesco edificio. Al choque de la viga resonó la metálica puerta como un inmenso tambor, y aunque no llegó á abrirse, se estremeció la catedral entera, mugiendo las profundas concavidades subterráneas. Al mismo tiempo caía de lo alto de la fachada so-

bre los sitiadores una lluvia de piedras gruesas. Lejos de desanimarles tal contratiempo continuaron los hampones con mas rabioso furor el ataque comenzado, despreciando las piedras arrojadas, que hacian saltar cráneos á derecha é izquierda.

Es de notar que las tales piedras caían una á una, pero con tan breve intervalo que los hampones sentian al mismo tiempo una en los pies y otra en la cabeza. Apenas se perdia un tiro, y ya habia en la plaza un buen lecho de muertos y heridos, sin que el enorme madero hubiese cesado un instante sus feroces y acompañadas embestidas: llovian piedras sin descanso y mugía la puerta sin lesion.

Bien ha podido adivinar el lector que esta inesperada resistencia venia del contrahecho Cuasimodo. Y en efecto al bajar á la plataforma vió hacinados en un monton los materiales con que se estaba reparando á la sazon una parte del edificio, y consistian en cantos para mampostería, rollos de plomo para el tejado

y maderos para armazones y andamios. El momento urgía: abajo no cesaban de trabajar los picos y los barrones; era preciso hacer algo en defensa de la puerta; y con una fuerza que el peligro aumentaba prodigiosamente, lanzó, no sin milagroso aliento, la viga mas cercana á la balaustrada, que cayendo de una altura de sesenta pies, descanterando las molduras y adornos de la fachada, hizo el terrible estrago referido, y llenó de terror á aquella chusma. Aprovechóse el campanero del espanto general, y mientras que los hampones clavaban en la viga sus miradas supersticiosas, amontonaba silenciosamente cantos, cascote, y hasta los sacos de herramienta que alli dejaron los albañiles, empezando á arrojarlos con increible rapidez luego que vió el nuevo empeño de echar abajo la férrea puerta.

Pero la puerta vacilaba ya, y la lluvia de piedras no desanimaba á los sitiadores. En este conflicto reparó algo mas abajo de la balaustrada dos anchos canalones de granito, cuyo orificio interior da-

ba á la misma plataforma, mientras que el esterior caía perpendicularmente sobre las gradas de la puerta. Corrió á su celdilla, tomó un haz de leña y lo trajo á la plataforma; añadió encima cuanta madera corta pudo, é infinitos rollos de plomo, municiones de que aun no habia hecho uso, y prendió fuego al combustible con la llama de su linterna.

Como habia cesado ya el diluvio de los cantos, los hampones proseguían tumultuariamente el rudo ataque, amontonándose otra vez en las gradas, y aguardando anhelantes el golpe decisivo. De repente y cuanto mas afanados estaban impeliendo el madero destructor, levantóse en medio de ellos un alarido aun mas espantoso que el que arrancara la caida de la viga, pues vieron llenos de asombro dos chorros de plomo derretido que desde lo alto del edificio caían en lo mas espeso de la turba, dejando en ella dos agujeros negros y humeantes cual los formaría en la nieve el agua caliente. El clamor fue angustioso, horrible: todos

echaron á huir y dejaron el atrio limpio por segunda vez, levantando los ojos hácia lo alto de la iglesia. Vieron al lado de la torre una hoguera inmensa, vieron los canalones que vomitaban el líquido metal, y no pudieron menos de quedarse mudos, estáticos, y con los rostros lívidos de desesperacion.

— ¡No hay un medio de entrar! murmuraba Tomás Cortante contemplando tristemente aquella lluvia infernal que guardaba la puerta: ¡y hemos de abandonar nuestra empresa! ¡Y hemos de marcharnos como el miserable lacayo que halla la puerta cerrada? ¡Dónde está Lucas el estudiante?

— Sin duda habrá muerto, respondieron, pues ya hace rato que no oimos sus carcajadas.

— ¿Y Pedro Nebrija?

— Afufó antes de llegar á la plaza.

— ¡Ah infame! gritó Tomás: ¡él nos trae aqui y es el primero que vuelve las espaldas!

— ¡Vitor! ¡vitor! esclamaron mu-

chas voces: aqui viene ya nuestro Lucas con su cáscara de hierro.

—¿Y qué diablos trae arrastrando? repuso Cortante.

Lucas de Molendino venia con toda la ligereza que consentia su pesada armadura, y arrastraba una larga escalera de mano en pos de sí.

—¿Qué vas á hacer con esa escala? le preguntó el caudillo.

—Es mia, yo sabia dónde estaba; nadie se atreva á quitármela, respondió jadeando el estudiante. ¿Veis la galería que cae encima de la puerta? pues en ella hay una ventanilla que nunca tiene mas cerradura que un pestillo; subo á la galería con la escalera, abro, entro, y cátame en la iglesia.

—Déjame subir delante, gritó Tomás con vengativo acento.

—Eso no, por vida de Satanás: la escalera es mia, y nadie puede disputarme mi derecho. Subid vos el segundo.

Y empezó á correr de nuevo por la plaza diciendo: —¡Acá conmigo, mu-

chachos! En un instante pusieron la escalera de pie y arrimáronla á la balaustrada de la galería inferior, juntándose un inmenso tropel para subir por ella. Lucas sostuvo su derecho y empezó á escalar el primero, siguiéndole un guerrero en cada escalon: al ver elevarse por las sombras aquella línea de espaldas encorazadas pudiera tomarse por una serpiente con escamas de acero que se levantaba contra la catedral: Lucas, que subia el primero y no cesaba de silbar, completaba la ilusion. Llegó por último á la balaustrada en medio de estrepitosos aplausos; pero al ir á lanzar un grito de victoria se quedó petrificado. Acababa de ver á Cuasimodo oculto detras de una estátua y en ademan amenazador.

Antes de que el segundo hampon hubiese podido poner el pie en la balaustrada saltó el formidable corcovado á la cabeza de la escalera, cogió con sus poderosas manos los estremos de los dos largueros, los apartó del muro, y la inmensa escala, cubierta de pícaros desde

arriba abajo, vaciló un momento, cayendo despues en la plaza con aquel rosario de hombres. Hubo un instante en que los mas determinados palpitaron. Lanzada la escalera hácia atras permaneció derecha algunos segundos, luego osciló, y describiendo por último un espantoso cuarto de círculo de ochenta pies de radio, se desplomó sobre el pavimento con su carga de bandidos mas rápidamente que un puente levadizo cuyas cadenas se rompen. Oyóse una inmensa imprecacion, reinando poco despues el mas profundo silencio, interrumpido levemente por los heridos, que se esforzaban en salir de debajo el monton de muertos. Cuasimodo contemplaba impasible esta escena de terror con los codos apoyados en la balaustrada.

Lucas de Molendino se veía en la situacion mas crítica, por hallarse en la galería con el iracundo campanero, solo y separado de sus compañeros por una pared vertical de ochenta pies. Mientras Cuasimodo lanzaba la escalera, se habia escondido detras de una estátua, despues

de hallar cerrada con llave la ventana interior que creyó encontrar abierta: alli sufria en silencio y clavando en el monstruoso tuerto unos ojos desencajados, como aquel galan de la muger de un leonero que acudiendo cierta noche á una cita amorosa, equivocó la pared que debia escalar y se halló repentinamente cara á cara con un oso blanco.

Volvió el sordo la cabeza, vió al estudiante, y éste empezó á temblar como un azogado: sin embargo tuvo aliento para poner una ballesta en el arco y dispararla contra el campanero, hiriéndole en el brazo izquierdo. Corrió Cuasimodo hácia él, y sin dejarle tiempo para el segundo tiro asió fieramente con la mano izquierda los dos brazos de Lucas, que ya no pudo moverse. El sordo en tanto iba desatando con siniestra lentitud todas las piezas de la armadura dejándolas caer en la plaza. Cuando aquel se vió desnudo y desarmado en aquellas manos hercúleas, lejos de oponer una resistencia inútil empezó á reir desenfrenadamente y á ento-

nar una cancion que andava entonces en boga, mas no pudo concluirla. Los sitiadores advirtieron desde la plaza que Cuasimodo tenia cogido por los pies con una mano sola al estudiante, haciéndole dar vueltas sobre el abismo como si fuera una honda; luego se oyó un ruido semejante al de una caja huesosa que se rompe contra la pared, y por último se vió caer un bulto que se detuvo en uno de los adornos de piedra de la fachada: este bulto era un cuerpo muerto, doblado por su mitad, con los huesos hechos pedazos y el cráneo vacío.

—¡Venganza! gritó Tomás.

—¡Asalto! ¡asalto! respondió la muchedumbre.

La rabia de aquellos foragidos encontró en pocos momentos escaleras y multiplicó las antorchas: observó Cuasimodo que por todas partes se lanzaba un tropel al asalto de la catedral. Los que no tenian escaleras subian por cuerdas llenas de nudos, los que carecian de cuerdas se encaramaban por los relieves de las mol-

duras, y de los andrajos de estos se colgaban otros no menos andrajosos. Y en tanto el pobre campanero volvia la vista al cielo, pidiéndole un milagro para libertar la catedral de la inminente ruina que la amenazaba.



CAPITULO IX.

MIENTRAS que los hampones estaban asaltando el templo, la gitana dormia profundamente. Dispertóla por fin un rumor cercano, y al abrir los ojos vió junto á sí dos hombres, uno de los cuales traía en la mano una linterna y el otro venia embozado hasta los ojos. A esta aparicion no pudo menos de lanzar un grito que fue sofocado por la estruendosa algazara de los sitiadores.

— Nada temais, yo soy, díjole el de la linterna. Jaliz me ha conocido al momento. Miradme: soy Pedro Nebrija.

— Y ese otro, ¿quién es? preguntó la Esmeralda en voz muy baja.

— Tranquilizaos, respondió el poeta; es un amigo mio. Vuestra vida está en peligro: ya lo ois: asaltan la catedral, quieren robaros, quieren ahorcaros, y nosotros venimos á sacaros de aqui. Seguidnos.

— ¿Y es cierto? repuso la infeliz dolorosamente.

— La verdad pura. Venid pronto.

— Sí, vamos. ¿Pero por qué no habla vuestro amigo?

— Es muy taciturno.

Fuéle preciso contentarse con esta esplicacion y dejarse llevar fuera de su celdilla. Bajaron rápidamente la escalera, atravesaron la iglesia, llena de tinieblas y soledad, y salieron á la calle por una puertecilla disimulada que habia detras del altar mayor. La calle estaba tan sola y tan oscura como la iglesia, lo que no dejó de amedrentar á nuestra pobre perseguida. Pero llegó al colmo su terror cuando despues de andar algunos pasos guiada por el incógnito, volvió la cabeza y echó de ver que Pedro Nebrija habia desaparecido con la cabra. Quiso hablar, llamar al miserable poeta, pero su lengua no podia moverse ni articular su voz ningun sonido. El incógnito la arrastraba en pos de sí, sin soltar su mano, con el mismo silencio y la misma rapidez.

— ¿Quién sois? ¿adónde me llevais? le preguntaba entre dientes, y aquel ser misterioso no respondia.

Al fin llegaron á una gran plaza, desde la cual se veía toda la parte superior de la catedral con su inmensa torre, y detuviéronse en medio de ella repentinamente, junto á una especie de cruz negra alumbrada tibiamente por la luna, que la Esmeralda reconoció al momento: era la horca.

Desembozóse el incógnico, soltándole la mano, y ella tartamudeó petrificada: — ¡Es el hombre negro!

— Escucha, le dijo don Claudio: ya estamos aqui: esta es la horca: este es el punto estremo: un destino irrevocable nos arrastra el uno hácia el otro. Yo voy á decidir tu suerte: yo acabo de arrancarte de sus manos; hay un mandato del rey que te lleva al suplicio. ¿Oyes los siniestros gritos?

En efecto, por una de las calles inmediatas pasaba una turba armada con antorchas esclamando: — ¿Dón-

de está la gitana? ¡muera! ¡muera!

— Ya ves que te persiguen, repuso el Leviatan, y que no miento. Yo te amo. No abras la boca para decirme que me aborreces. Yo acabo de salvarte, y aun puedo hacer mas, como tú quieras... No, no es ésto lo que debo decirte.

Y arrastrándola nuevamente en pos de sí la llevó al pie de la escalera del patíbulo: detúvose, señaló con el dedo la horca y dijo friamente: — Elige entre los dos.

Desprendióse ella de sus manos y cayó al pie del patíbulo abrazando aquel fúnebre apoyo. Don Claudio permanecia aun con el brazo levantado, señalando, inmóvil como una estátua.

— Me causa aun menos horror que vos, dijo la Esmeralda.

— Si estas piedras pudiesen hablar, murmuró aquel monstruo dejando caer su brazo lentamente, dirian que soy el hombre mas infeliz de la tierra. La hora pasa: el dia viene: ya no hay mas que aguardar. Pronuncia, pronuncia, muger

desapiadada, una palabra sola: ¡acuérdate de que tu destino está en mis manos, y á tus pies un abismo insondable de muerte y destruccion! ¡una palabra! ¡una sola!

Abrió su boca la gitana para responderle, y él se precipitó de rodillas á sus pies como si quisiese recoger con adoracion el acento, acaso tierno, que iba á salir de sus labios.

—¡Sois un asesino! esclamó la infeliz.

—¡Sí, asesino, replicó don Claudio ya fuera de sí. ¡Muerte! ¡muerte!... no: sígueme: tú eres mia, tú lo serás por fuerza: yo tengo en donde guardarte. Ven, hermosa, añadió tomándola en sus robustos brazos, ven á coronar mi ventura.

—Yo te digo, repuso la gitana sin hacer el menor esfuerzo para desasirse, yo te digo que soy de otro: ya lo sabes: yo soy de Febo.

A este nombre dejóla caer en el suelo y lanzó un grito violento como el

miserable á quien aplican un hierro enrojecido.

—¡Muere pues! esclamó rechinando los dientes. La gitana vió la turbulenta mirada de sus ojos, conoció la ferocidad de su desesperacion y quiso huir; mas él volvió á sujetarla y la llevó arrastrando hasta la celdilla de la penitente de San Onofre. Alli la dijo: —Por última vez, ¿quieres ser mia?

Y ella respondió con fuerza: —No.

Entonces don Claudio se acercó mas á la reja y gritó:

—Sal, enemiga de las gitanas, sal y véngate de ellas.

La Esmeralda se sintió instantáneamente asida por el codo, y al mirar el instrumento que la aprisionaba vió un brazo descarnado que salia por la rejilla y la tenia sujeta como una mano de hierro.

—¡Cuidado con soltarla! dijo el hombre negro: esta es la gitana que se ha fugado: yo voy corriendo á llamar gente. Pronto verás como la ahorcan.

Y dicho esto echó á correr con áni-

mo de alcanzar un cuerpo de caballería que sonaba en las calles inmediatas.

La infeliz prisionera reconoció á la penitente de San Onofre, é hizo los mayores esfuerzos de agonía y desesperacion, pero Leonor la sujetaba con inaudita violencia. Cayó rendida contra la pared y empezó á sobrecogerla el temor de la muerte.

— ¡Ah! ¡ah! dijo riéndose la penitente: ¡al fin te van á colgar!

— ¿Qué daño os hice yo? repuso la Esmeralda sacando fuerzas de flaqueza y contemplando la silvestre figura de su encerrado carcelero.

— ¿Qué daño me has hecho? ¿qué daño? Escucha: yo tenia una hija... una hija, ¿entiendes? llamábase Inés: los malditos gitanos me la robaron, me la comieron; ¿y me preguntas de qué me quejo? era una criatura angelical, era mi consuelo, mi amor y mi esperanza.

Al decir esto se inclinaba hácia el suelo y besaba una cosa en las tinieblas.

— ¡Ay! respondia la juglaresa, aca-

so no estaba yo entonces en el mundo.

-- Sí estabas, sí: sería de tu misma edad: quince años hace que la lloro, quince años de dolor, de desesperacion y de encierro. ¿Tienes corazon? pues figúrate un niño que juega, un niño que duerme: esto es lo que me han robado, esto es lo que me han comido. Vengan, vengan ahora las desapiadadas madres de la gitana, vengan y verán colgar de la horca á su hija querida.

-- ¡Piedad! ¡piedad! gritaba la infeliz: ¿oís? ¡ya se acercan! ¡soy inocente! tendreis valor para verme morir desastradamente en un patíbulo. Soltadme y os deberé la vida: ¡soltadme por compasion!

-- Vuélveme mi hija, dijo la penitente.

-- ¡Compadeceos de mí! ¡Ay! vos perdísteis una hija, y yo no puedo encontrar á mis padres!

-- ¡Vuélveme mi Inés! ¿no sabes dónde está? pues muere. Yo te diré: yo era una muger perdida, y tuve una niña, y me la robaron. ¿Sabes tú dónde está?

mira, añadió mostrando el zapatito bordado, cuyos colores podian distinguirse ya con la tibia luz del primer crepúsculo, mira, esto es cuanto de ella me queda: ¿sabes dónde está el compañero? dímelo y me verás ir corriendo de rodillas hasta el estremo de la tierra.

—¡Mostradme ese zapato! gritó la gitana estremeciéndose. ¡Oh Dios! ¡Oh Dios!

Y con la mano que le quedaba libre abria rápidamente el saquillo verde que traía colgado del cuello.

—Sí, sí, murmuraba la penitente, urga, urga tu endemoniado amuleto. Pero interrumpiéndose repentinamente tembló con todo su cuerpo y esclamó con un acento que salia de lo íntimo de sus entrañas: —¡Hija mia!

La gitana acababa de sacar de su pecho un zapatito enteramente semejante al otro, y en él habia un pergamino con esta inscripcion:

Cuando el compañero veas
lograrás lo que deseas.

En un momento confrontó la penitente los dos zapatos, leyó los versos del pergamino y pegó á la reja su desfigurado rostro lleno de celestial alegría gritando: — ¡Hija! ¡hija de mi corazon!

— ¡Madre mia! respondió la gitana.

Aqui se nos cae la pluma de la mano, pues nadie pinta una escena como esta.

La gitana y su madre se abrumaban á mútuas preguntas, se besaban las manos' se embriagaban en tan sublime felicidad, sin acordarse de cuanto habian sufrido, sin mirar el sombrío porvenir. Pero de repente, y queriendo gozar de mas cerca aquel imponderable placer, se levantó Leonor despavorida, alzó con ambas manos una piedra que la servia de almohada, y lanzándola con violencia contra la reja rompió uno de los barrotes: volvió á tirarla y saltó el otro: entonces con sus dos manos acabó de separar con fuerza sobrehumana los fragmentos que habian quedado.

Libre ya el paso, cogió por ambos brazos á su hija y la introdujo facilmen-

te en la celdilla, haciendo con ella todas las locuras que el amor materno inspira á una muger.

En este momento resonó dentró de aquel encierro un rumor de armas y caballos que parecia acercarse. — ¡Salvadme, salvadme! ¡ya vienen! gritó la Esmeralda volviendo repentinamente de su éxtasis.

— ¿Qué dices? sí, respondió la madre: yo me olvidaba de todo. ¿Quién te persigue? ¿qué has hecho?

— No lo sé; ¡pero estoy condenada á morir!

— ¡Á morir!

— ¡Ya vienen! ¡salvadme! ¡salvadme!

Y en este instante se acercaron á la celdilla algunos soldados. La penitente llevó á su hija á un rincon que no se veía desde fuera, alli la colocó con el mayor esmero, puso delante de ella el cántaro y la piedra creyendo que la ocultarian mejor. Empezaba á amanecer.

— ¡Buena vieja! gritó un sayon a-

cercándose á la celdilla, cuya abertura tapaba Leonor con todo su cuerpo, buscamos una bruja para ahorcarla, y nos han dicho que tú la tienes.

La pobre madre adoptó el tono mas indiferente que pudo y respondió: —No sé qué quereis decir.

—Cuidado con engañarnos: sabemos de positivo que estaba aqui.

—¡Ah! repuso la penitente, no atreviéndose á negarlo todo para no escitar sospechas, si hablais de una mozuela alta que me dejaron aqui para que la tuviese, os diré que me ha mordido la mano y la he dejado ir muy frescamente: no sé mas.

—Eso no va tan fuera de propósito. ¿Y por dónde se fue?

—Paréceme que por aquella callejuella de enfrente.

—¡Vive Dios, que se ha salvado! esclamó el sayon disponiéndose á alejarse con sus satélites.

—No lo creais, repuso otro interlocutor; yo he venido por esta calle y no

he visto á nadie. Pero parece que estais ciego: ¿no reparais que han forzado la reja de la celdilla?

—Sin duda estará borracho ese fariseo, replicó Leonor haciendo esfuerzos sobrehumanos para fingir indiferencia: ¿no sabe ese majadero que hace un año rompió los barrotes un carro cargado de piedras?

—¡Qué carro ni qué piedras! ayer mismo estaban sanos y enteros. ¡Miente la bruja!

—¡Acabemos! gritó el gefe de aquella cuadrilla: vean lo que hay dentro, y no perdamos mas tiempo.

En este instante la infeliz Esmeralda, que ni una sílaba habia perdido del anterior diálogo, oyó otra voz de ella muy conocida que decia al preboste: —¡Cuerpo de tal! señor ejecutor, ¿tengo yo cara de hombre que se divierta en ahorcar gitanas? Despachad ese negocio sin ayuda de vecinos, que harto hice yo esta noche desbandando y destruyendo la hedionda turba de malsines que queria

tragarse la catedral. ¡Bien se han defendido! ¡buena retirada! ¡pero, amigo, les faltó caballería! sobre todo el bárbaro Tomás Cortante ha muerto con honor disputando el terreno á palmos; pero si no acudimos tan pronto, sabe Dios si á estas horas habria en el templo una piedra sobre otra. Vóime, vóime, que está aguardándome la compañía. Ya os lo dige, nada valgo para estas cosas: si fuese para repartir cuchilladas...

El acento de esta voz hería en lo mas sensible el acongojado corazon de la Esmeralda: era el capitan Febo, su protector, su amparo, su amigo, su única esperanza. Repentinamente, y sin poder reprimirse, salió del escondite, acercóse á la ventana de la celdilla antes de que su madre hubiese podido contenerla, y esclamó:—¡Febo! ¡Febo mio! ¡ven! ¡sálvame!

Pero Febo habia desaparecido, y solo quedaban en la plaza los desalmados ejecutores, uno de los cuales vió á la imprudente gitana y oyó su lamentable esclamacion.

—Hola, hola, dijo: ¿con que tenemos dos ratones en la ratonera?

Precipitóse la penitente sobre su hija, y con un movimiento convulsivo la volvió á lanzar al rincon que hasta entonces la sirviera de defensa.

—¡Qué diablos! gritó el gefe de aquellos bárbaros: esa será la bruja que andamos buscando. Vaya, camaradas, entrad por ella y ahorcádmela antes que salga el sol.

—¿Y por dónde entramos, replicaron, si no hay puerta?

—Por la ventana.

—Es muy angosta.

—Ensanchadla. Mira, Cristobalon, ahí tienes el saquillo de las herramientas: saca un par de barrotes y picos para arrancar esa losa que está debajo del agujero, y entrarás como Pedro por su casa.

Cuando la madre oyó minar con los picos su fortaleza lanzó un grito espantoso, y empezó á dar vueltas por la celdilla, hábito de fiera que habia contrai-

do en aquel encierro: despues fue á sentarse junto á su hija, cubriéndola con el cuerpo y escuchando como esclamaba sin cesar: —¡Febo! ¡Febo mio!

Las palancas desquiciaron la enmohecida piedra, postrer baluarte de aquella madre infeliz, que al verla rodar hácia el suelo se echó sobre ella, la rascó con las uñas é hizo sobrenaturales esfuerzos para impedir que cayese; pero viéndolos malogrados, atravesó su cuerpo delante de la abertura, formando con él una muralla, y mirando á los sayones de una manera tan formidable que no pudieron menos de retroceder horrorizados. Sin embargo, la agreste voz del caudillo les hizo volver en sí y entrar en la miserable celdilla, sin oir ya ni los lamentos, ni las horribles imprecaciones de la atribulada penitente. Uno de ellos cogió bárbaramente por la cintura á la Esmeralda, y púsola sobre el hombro mientras lanzaba el postrer ¡ay! la víctima, cuyos ojos se cerraron en fuerza de un desmayo. La infeliz madre se asió tambien al cuerpo

de la gitana con tanta tenacidad que fue necesario sacarla de la celdilla arrastrándola tras de su hija.

En este momento salia el sol dorando la torre de la catedral, que dominaba la plaza de las ejecuciones, y en cuya altura se veían dos hombres cómo dos fantasmas negras, inmóviles, con los ojos clavados en aquella escena de desolacion.

Detúvose el verdugo al pie de la escalera del patíbulo, y enlazó el precioso cuello de la jóven con el cordel suspendido: sintió la desdichada el horrible contacto del cáñamo, levantó los parpados, y vió sobre su cabeza el brazo descarnado de la horca. La madre, sin decir una palabra, estremeció todo su cuerpo al cubrir de de nuevos y ardientes besos las megillas de su adorada Inés, aprovechando el verdugo este momento para desasir los brazos que estrechaban á la víctima; y ya por debilidad, ya por desesperacion, no opuso la penitente la mas mínima resistencia. Entonces empezó el

sayon á subir la escalera con la jóven al hombro; pero la madre abrió de golpe los ojos, y sin lanzar ni un solo suspiro se levantó con una espresion terrible, y mordió frenéticamente la mano del verdugo. Ahulló éste de dolor: corrieron otros á defenderle, á sacar su mano de entre aquellos rabiosos dientes, empujando á la penitente con impulso brutal; pero al notar que su cabeza hería el suelo con fracaso quisieron levantarla de nuevo, y viéronla dejarse caer del mismo modo: estaba muerta.

El ejecutor, que no habia soltado su presa, subia lentamente la escalera con la carga sobre los hombros.



CAPITULO X.

Nuestro lector se acordará sin duda de la crítica situacion en que dejamos al valiente Cuasimodo, agotado todo su esfuerzo, perdida la esperanza de salvar á la perseguida doncella. Pero de repente vió desembocar por todas las calles inmediatas gruesos destacamentos de caballería con espada en mano ó lanza en ristre, cayendo como un nublado sobre la andrajosa canalla, y llenando el aire con los gritos de — ¡Castilla! ¡Castilla! ¡mueran los hampones! Esta caballería venia mandada por el capitan Febo, á virtud de una orden del rey para levantar el sitio de la catedral; socorro que se debia nada menos que al poeta desertor, cogido felizmente por un alguacil, y presentado al rey don Pedro como uno de los perturbadores de la pública tranquilidad.

La pelea fue sangrienta: los ginetes no daban cuartel, y los hampones, indisciplinados y mal provistos de armas, aunque opusieron una resistencia desesperada, tuvieron que ceder al cabo y huir en todas direcciones, dejando en la plaza y el atrio un inmenso monton de cadáveres. Al ver Cuasimodo la completa victoria de las tropas reales cayó de rodillas en el suelo, levantó sus manos al cielo y dió al Altísimo las mas afectuosas gracias por aquel socorro inesperado: dirigióse luego á la celdilla de la gitana, y no sin un estremecimiento de terror vió que se hallaba vacía. La idea de que mientras él la estaba defendiendo se la habian llevado le fue insoportable: empezó á mesarse los cabellos con ambas manos, dióse á correr por las galerías, por los tejados, por el templo, por todo el edificio. En fin, cuando quedó plenamente convencido de que la Esmeralda no estaba alli, de que se la robaban, de que todo habia concluido para él, volvió á subir

lentamente la lóbrega escalera de la torre, y entró de nuevo en la celdilla abandonada, donde cayó insensible y rendido al peso de su infortunio. Alli pensó que don Claudio podria ser el raptor; alli recordó que solo don Claudio tenia llave de la escalera de la celdilla; alli se presentaron á su memoria las tentativas nocturnas del Leviatan: sin embargo, el respeto con que le miraba, la gratitud, el amor que por él sentia aplacaban aun en aquel momento los vengativos y desesperados impulsos de su corazon. Presentóse entonces á su vista el mismo don Claudio, que con aquella calma fúnebre que le distinguia se encaminaba á la alta torre, sin mirar, sin oir, y absorto al parecer en alguna idea esclusiva, grande, irresistible y pertinaz.

El sordo le siguió en silencio lleno de ira, lleno de temor, y al llegar á la plataforma mas alta sobre las campanas le vió por las espaldas contemplando con ardiente afan hácia el lado de la plaza de

las ejecuciones. Tenia don Claudio el pecho apoyado en la balaustrada, y al parecer devoraba con los ojos algun objeto lejano, tan fuera de sí, tan insensible que ni siquiera advirtió los pasos de Cuasimodo.

Por la parte esterior, y algo mas abajo de la balaustrada en que el Leviatan se habia fijado, sobresalia uno de aquellos canalones de piedra fantásticamente cincelados que adornaban los góticos edificios.

Anhelaba el campanero preguntar á su maestro qué habia hecho de la gitana; pero conoció que en aquel momento se hallaba el Leviatan fuera del mundo, y en uno de aquellos instantes de la vida en que no se advertiria la destruccion de la tierra. Permaneció, pues, con los ojos invariablemente fijos en cierto lugar, con un silencio, con una inmovilidad tan temibles, que el silvestre campanero no osaba perturbarlos: contentóse, pues, con seguir la direccion de su línea visual, y de este

modo logró descubrir la plaza del cadalso, y contemplar lo mismo que don Claudio estaba observando. Habia alli algunas gentes del pueblo y muchos soldados: un hombre arrastraba por el suelo cierta cosa blanca, tras de la cual iba un bulto negro: el hombre se detuvo al pie del patíbulo, en donde sucedia algo que Cuasimodo no pudo ver por impedirselo un grupo interpuesto entre su ojo y el cadalso, aunque en aquel momento llenaba el sol saliente de rojiza y brillante luz la bóveda celeste. El hombre empezó á subir la escalera con una una muger en los hombros, una muger vestida de blanco, que tenia una soga al cuello: reconocióla Cuasimodo: era la Esmeralda. Llegó el hombre á lo alto de la escalera y acomodó el nudo fatal. En este instante púsose don Claudio de rodillas en la balaustrada para ver mejor aquella escena.

Lanzóse el hombre, y Cuasimodo, que no respiraba ya, vió balancearse al estremo de la cuerda la infeliz gitana con

el verdugo en los hombros: dió la cuerda mil vueltas, y sacudieron cien veces aquel cuerpo delicado las horribles convulsiones de la muerte. Don Claudio contemplaba tambien con el cuello tendido, con los ojos fuera del cráneo, el espantoso grupo del hombre y de la jóven, de la araña y de la mosca.

En el momento mas horrible dió infernal espresion á su lívido rostro una risa feroz, una risa que no puede tener sino el que ha dejado de ser hombre. No logró oirla Cuasimodo, pero la vió, y retrocediendo algunos pasos detras del Leviatan, y lanzándose hácia él con irreprimible furor, empujóle por las espaldas y le precipitó en el abismo sobre que estaba inclinado.

Don Claudio gritó al caer: —¡ Execracion!

Sin embargo, detúvole en el principio de su caida el saliente canalon, al que se asió instantáneamente con manos desesperadas: iba ya á abrir la boca para

lanzar segundo grito, cuando vió pasar por el borde de la balaustrada y por encima de su cabeza la formidable y vengadora figura de Cuasimodo. En tan horrible situacion no dijo don Claudio una palabra, ni exhaló un solo gemido: hizo, sí, inauditos esfuerzos para subirse en el canalon, mas sus manos no podian hacer presa en el granito, ni fijarse sus pies en la pared ennegrecida.

El campanero, que para sacarle de aquella angustia no necesitaba mas que tenderle una mano, proseguia mirando la horca y la gitana, petrificado, mudo, como herido del rayo, y vertiendo un arroyo de lágrimas.

Don Claudio en tanto batallaba, corria de su frente copioso sudor y de sus destrozadas uñas un borboton de sangre que enrojecia la insensible piedra. Á cada sacudida que daba íbase descosiendo su talar vestimenta, enredada en el tubo de plomo que sobresalia del canalon, y que con el peso del cuerpo se iba doblan-

do lentamente. Viendo al fin que sus esfuerzos solo alcanzaban debilitar el frágil punto de apoyo que le quedaba resolvió no moverse mas; pero sus dedos iban deslizándose ya, debilitábanse sus brazos, y crecía la curvatura del plomo que sostuviera la parte inferior de su cuerpo. Miraba una tras otra todas las impasibles esculturas de la torre, suspendidas como él sobre el precipicio, pero tan exentas de terror como de piedad. Todo era de piedra á su alrededor, el piso de la plaza, los adornos de la pared y el campanero que lloraba.

Por último, rabioso y lleno de espanto comprendió que todo era inútil: reunió, sin embargo, cuanto vigor le quedaba para tentar el postrer esfuerzo: enderezóse cuanto pudo, metió los dedos en una juntura de las piedras y logró ganar un pie de terreno; pero esta conmocion hizo doblar enteramente el tubo de plomo y acabarse de romper la túnica: conociendo entonces que todo desaparecía

á un tiempo, que no quedaba mas recurso que el de sus manos tiesas y desfallecidas, cerró el infeliz los ojos, soltó el canalon y cayó haciéndose pedazos en el pavimento de la plaza.

Cuasimodo le miró caer, y dirigiendo nuevamente su vista á la gitana, cuyo cuerpo veía suspendido de la horca, dijo con un ahogado sollozo que levantó convulsivamente su profundo pecho: — ¡Oh! ¡tú eres cuanto en la tierra he amado!

Cuando fueron por la tarde á recoger el mutilado cuerpo de don Claudio, Cuasimodo habia desaparecido de la catedral, y todos juzgaron llegado el dia en que segun su pacto, Cuasimodo, tenido por el diablo, se habia llevado al Leviatan, tenido por brujo; pero dos años despues de esta aventura hallaron en un subterráneo profundo de la venerada iglesia dos esqueletos abrazados: uno de ellos era de muger, y conservaba aun algunos restos de un vestido que habia sido

blanco, y en torno del cuello un collar de cuentas verdes del que pendia un saquillo abierto y vacío. El otro tenia torcida la columna vertebral, la cabeza en los omoplatos y una pierna mas corta que otra: no se advertia en su nuca señal alguna de dislocacion, ni de que le hubiesen ahorcado; pero cuando quisieron separarle del otro esqueleto que abrazaba cayó deshecho en polvo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

